

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 46.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

15 de Mayo 1900

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *El amor en la filosofía y en el socialismo*, por Federico Urales.—*Capciosidades*, por Donato Luben.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Ciencias físico-naturales*, por Francisco Salazar.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Crónica artística*, por Pedro Corominas.—*Marido y mujer*, novela, por León Tolstói.
SECCION LIBRE: *Efecto de la guerra en los trabajadores*, por Emma Goldman.—*El Bosque*, por F. Herrero Vaquero.—*Bosquejos: El inválido*, por Sebastián Gomila.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Los odios*, por Pujol Enrique.

SOCIOLOGIA

El amor en la filosofía y en el socialismo.

La lectura del hermoso libro de Charles Albert que ha publicado la *Biblioteca de Filosofía y Sociología* titulado *El amor libre*, nos ha sugerido algunas ideas que vamos á exponer brevemente sobre el amor en la filosofía y en el socialismo.

Hay una filosofía de amor que nada tiene que ver con el sentimiento y el deseo que sienten dos personas de diferente sexo, como, por ejemplo, aquel cariño que abrigamos por nuestros semejantes y que constituye parte principal en las ideas políticas, filosóficas, religiosas y sociales que sustentamos y que moralizan y embellecen cuantas cosas hacemos y pensamos de nosotros y de los demás. Pero hay otra filosofía que discurre sobre el amor propiamente dicho y que del amor recibe sus más preclaros propagandistas, v. g., las doctrinas de aquellos pensadores que penetraron en la filosofía ó en las luchas religiosas y sociales, por un desengaño recibido en el amor ó por un amor desgraciado, de lo que la historia presenta varios ejemplos y entre los más notables, Ramón Lull, Santa Teresa de Jesús y estamos por decir Jesucristo, quienes habiendo nacido para amar y no pudiendo, por una ú otra causa, emplear en el amor sus energías físicas y morales, las emplearon defendiendo un Dios, una religión ó una doctrina social á los cuales atribuyeron las mismas buenas cualidades que creyeron ver en el objeto de sus amores. El amor místico que por Dios sienten ciertos religiosos ó religiosas, y el amor, místico también, que por la humanidad sienten determinados revolucionarios ó revolucionarias, no tiene otro origen que el cariño que sintieron por una persona á la que ven en sus momentos de iluminismo religioso ó social, y á la que adoran delante de una imagen piadosa, que puede ser la Virgen en el religioso enamorado, ó Jesús en la religiosa, y que tiene trazas de ser el símbolo de la revolución ó de la justicia en los espíritus que han desviado hacia un nuevo ideal social las energías que guardaban para un ser querido que murió cuando más le querían ó que vivió sin amarles.

Existe íntima relación entre nuestras ideas y nuestros sentimientos.

Por mucho que los doctrinarios amen á Dios y á sus semejantes, por mucho que el hombre de ideas reaccionarias anhele la felicidad de sus contemporáneos, le faltará aquella tolerancia y aquel cariño que es propio de las ideas cosmopolitas y radicales.

Miguel de Unamuno, á quien no llamamos amigo porque han desacreditado la palabra los *amigos* de todos los hombres que valen y los enemigos de los que no gustamos de bombos mutuos, ha dicho en un folleto que acaba de publicar titulado *Tres ensayos*, y en el segundo de éstos, por cierto muy falso de ideas, en nuestro sentir, aunque muy fuerte en sentimientos y en buena voluntad, que las ideas no hacen al hombre sino que es el hombre quien hace las ideas. Nosotros nos permitimos advertir al catedrático de Salamanca que los hombres en completa libertad y en un medio que permitiera la libre elección de los sistemas ó de las doctrinas, adoptarían las que estuviesen más en relación con su modo de pensar y de sentir, y que, por consiguiente, no podría haber hombres buenos moralmente con una idea mala. Y en los tiempos presentes los que por falta de posibilidad ó de medios para concebir otras ideas hubiesen adoptado una doctrina inferior á sus facultades y sentimientos, jamás lograrían que el ideal fuese tan perfecto como ellos.

Generalmente, aparte leyes atávicas, que pueden desaparecer en poco tiempo con un buen régimen social é higiénico, todos reunimos buenas condiciones de moralidad y de inteligencia capaces para elevarnos y para hacer de cada uno de nosotros seres sabios y buenos; pero el hombre que nace en un ambiente reaccionario, á no ser un genio con fuerza para crearse ambiente propio y libertarse del que le sujeta, en cuanto esto es posible, que no lo es en absoluto, será reaccionario también, y á pesar de sus excelentes condiciones para otra cosa, adoptará los vicios morales y defectos intelectuales del ideal que habrá ganado su voluntad por adaptación más que por vocación. Y esto sucederá á pesar de las cualidades que el individuo reuna para adaptarse ideas de un orden más elevado y que seguramente hubiera concebido en otro medio. Ya adoptado el ideal estrecho, raquítico, intolerante, por defecto social más que por defecto orgánico, la doctrina sustentada marca en ti determinadas condiciones de moralidad y de inteligencia mucho más poderosas que las que tú, con tus superiores cualidades, puedes marcar en el ideal. No negamos la influencia del individuo sobre la doctrina, pero afirmamos que es mayor la de ésta sobre aquél.

Nosotros, á pesar de sociedad tan mezquina como es la presente, hemos concebido un ideal muy superior á ella, pero no impunemente, porque la sociedad en cuyo seno vivimos, nos impide, con su influencia perniciosa, ser tan perfectos como el ideal que defendemos. De no ser así, ¿se manifestarían las pequeñeces que podemos observar en la conducta de hombres inteligentísimos y de ideales sublimes?

Con estas explicaciones comprendemos por qué en las doctrinas de odio se encuentran personas que aman, aunque no tantas como en las otras, ni ese amor se presenta tan claro y determinado.

*
* *

A Platón se le llamó y se le llama el filósofo del amor; pero se le llama el filósofo del amor, no por el que sentía por sus semejantes, sino por el que sentía por Dios.

En su filosofía, á pesar de *La República*, entra poco el deseo de un bien material, humano. A Dios dirigió todos sus cariños, y quiso que la humanidad á Dios diri-

giera los suyos; ¿por qué? La pregunta es de un orden psicológico tan elevado, que se escapa á nuestros medios de investigación y hasta quizá á nuestra inteligencia.

Además, no es este nuestro objeto. ¿Es verdaderamente amor el amor de Dios? No se han distinguido mucho por su amor á la humanidad los adoradores de los dioses. A nombre de Dios han realizado actos de una crueldad extraordinaria. Descontemos las luchas religiosas, los martirios de la inquisición. Fijémonos únicamente en los filósofos y en los propagandistas. Platón mismo, con todo su amor, calificó de justa, no ya de necesaria, la esclavitud. Jesucristo, el apóstol del amor, dijo que siempre habría pobres, es decir, que siempre habría esclavos, porque el pobre no es ni puede ser más que un esclavo sujeto al rico, á quien necesita para vivir. Con esclavos y pobres, esclavos también, ¿puede reinar el amor? ¿Es posible que ame el que sufre? ¿Podemos amar al régimen ó al hombre, causa de nuestras penas? No basta decir que amamos para amar realmente; es necesario establecer un régimen social que en la práctica no produzca el odio. Los Césares que persiguieron á los cristianos sustentaban las creencias religiosas que Platón, con su pretendido amor y su positivo talento, puso á tanta altura. Cristianos eran los reyes que ampararon la inquisición, la matanza de los hugonotes, y la de los filósofos de la Reforma. Reformista se llamaban los asesinos de Miguel Servet, y los que en Montjuich martirizaron y asesinaron eran tan religiosos, que rayaban en el misticismo. Vese, pues, que el amor de Dios no emancipa de odios al corazón humano, y que por mucho que los deístas se afanen en amar á sus semejantes, el amor que sienten por su Dios particular les llamará siempre hacia el terreno del odio. Lo cual demuestra que no basta querer amar; es necesario poder amar, y para poder amar se ha de concebir un verdadero ideal de amor, un ideal que ni haga esclavos ni pobres, ni haga dioses. Con éstos y aquéllos, el odio reinará siempre en la tierra, *porque siempre tendremos necesidad de odiar, necesidad moral, intelectual y física*, y las necesidades pueden más que las buenas intenciones.

*
* *

Tratemos ahora del amor en el socialismo.

Del final de nuestro párrafo último se deduce que nosotros consideramos imposible la fraternidad entre los hombres, mientras no sean iguales ante la economía y la política, mejor dicho, mientras la economía y la política no dejen de ser un obstáculo al desenvolvimiento del individuo. El hombre es uno en la naturaleza, y nosotros pretendemos que lo sea también en la sociedad. Anhelamos que ésta, con sus leyes y sus desigualdades, no dificulte la obra de la pródiga y justa naturaleza; nos proponemos lograr que las trabas que aquélla no ponga á las necesidades del hombre no las ponga la sociedad con sus preocupaciones y mala fe. De esta manera es como creemos posible la fraternidad y la libertad. De otro modo, á nombre de la patria, de la ley, de la propiedad ó de Dios, continuará el reinado del odio. Queda, pues, sintetizado nuestro pensamiento sobre la fraternidad de los hombres y sobre los fines que han de hacerla práctica y duradera.

El amor propiamente dicho, que es el que trata el libro de nuestro compañero Charles Albert, es un sentimiento muy distinto del amor hacia nuestros semejantes, sin distinción de sexos ni de nacionalidad. Puede decirse que ésta es una evolución de la idea patria y que aquél lo es del instinto sexual.

Primero los hijos eran fruto de ese instinto, luego del deseo, más tarde del sentimiento; después, al deseo y al sentimiento, se agregó un nuevo factor, la pasión, y

mañana los hijos serán el fruto de la vida toda: he aquí la evolución de lo que hoy podemos llamar amor. ¿En qué grado de esa evolución se encuentra el hombre presente? No en el primero, pero tampoco en el último.

A medida que se eleva el sentimiento amoroso, elévase la mujer. Ésta y aquél se dignifican á un tiempo.

Si consideramos esclava á la mujer, si creemos que nos ha de amar, porque es nuestra sierva, el amor no es amor; es una obligación que se cumple, exenta de encantos ó con los primitivos inherentes á la ley de la reproducción. Si consideramos á la mujer dueña de sus acciones, de sus sentimientos y de sus deseos en absoluto, sin que moral, ni ley, ni religión alguna la cohiba, entonces daremos á su amor el valor que tiene una cosa que es nuestra por la voluntad de su dueño. Sin esta voluntad podrá pertenecernos una mujer, pero nunca poseeremos su amor, porque su amor se escapará á toda ley y á toda tiranía, como se escapa el pensamiento á toda represión.

Una mujer que nos ame porque tiene el deber de amarnos, no puede satisfacer las aspiraciones de un hombre superior, aspiraciones que no se concretan á los deseos materiales. Para satisfacer la vida de un ser que reuna condiciones para anhelar amor verdadero, pasión, sentimiento, deseo, instinto, toda la escala animal, es preciso que la mujer nos otorgue sus besos y sus caricias con entera libertad. ¿Concurren estas circunstancias en las relaciones que los dos sexos mantienen en nuestros días? ¿Puede la mujer amar libremente? No. ¿Por qué? Porque no es independiente; porque las sociedades modernas, que pretenden haberla emancipado, la hacen depender de su padre, de su marido, cuando no de su burgués.

Uno de los actos que nosotros tenemos por más inmoral es el de alquilar un rato de amor. La idea del beso comprado, de la caricia pagada, nos causa inmenso horror y repugnancia. Vírgenes serían nuestros labios si hubiésemos tenido necesidad de desflorarlos á cambio de oro. Pero ¿es que la mujer llamada comúnmente honrada no tiene necesidad de vender sus caricias? ¿Qué hace el marido sino comprar amor desde el momento que adquiere una esclava que legal y económicamente depende de él? Hoy la mujer no puede elegir amante, y no pudiendo elegir amante, tampoco puede sentir amor por un individuo que se le da, desde el momento que no es libre de elegirlo.

En aquellos países en que existe aún la esclavitud, y en donde la mujer es objeto de compra y venta, *la carne femenina* se da al mejor postor. ¿Acaso no ocurre lo mismo entre nosotros? ¿Acaso el rico no encuentra mujer más pronto que el pobre? ¿Acaso el obrero de oficio regularmente retribuido no halla esposa con más facilidad que el desgraciado peón de albañil? El instinto de la vida, en la mayoría de los casos, obliga á la mujer á prescindir de cualidades personales para atender sólo á las que facilitan mejor la existencia. El hombre hace lo mismo. De ello nadie tiene la culpa; la tiene una sociedad que no asegura la vida á sus individuos. Asegurada, sólo las condiciones personales se atenderían.

El matrimonio de hoy es una especie de venta de esclavas mejor ó peor vestidas. Y si la esclava no puede sentir amor porque tiene el deber de amar á su amo, ¿cómo la mujer va á sentirlo por el marido que la mantiene ó que le ofrece el apoyo que necesita para vivir en esa sociedad de exterminio mutuo?

El amor no es amor si no es libre, y no será libre el amor mientras el hombre y la mujer no gocen de iguales derechos y mientras no se establezca una sociedad que

les garantice la vida á cambio de su cooperación en los productos, cooperación que ofrecen hoy sin garantía alguna y que, por consiguiente, no puede ser obstáculo á la sociedad de mañana.

Obsérvese cómo se juntan y completan las aspiraciones humanas. No se habló de amor libre mientras no se habló de igualdad económica, y no se habló de igualdad económica mientras no se quiso para la mujer los mismos derechos que para el hombre. Sólo con estas condiciones es posible el amor, porque únicamente con ellas puede ser libre. Así, pues, será amor, amor verdadero el sentimiento que unirá á los dos sexos en la sociedad futura.

FEDERICO URALES.

CAPCIOSIDADES

La cuestión mas candente y batallona de cuantas de diez años á la fecha vienen discutiéndose con ardor y apasionamiento entre socialistas y partidarios del capitalismo, es, sin duda alguna, la conocida con el nombre de los *tres ochos*, pues parece que la parte capitalista, la que ejerce la explotación y se alimenta del privilegio, no se aviene, no quiere avenirse con las justas reclamaciones formuladas por el proletariado explotado.

El capitalismo, torpemente inspirado, y procediendo, por su escasa cerebralidad, contra sus propios intereses, no quiere cejar, no quiere transigir, no se aviene á conceder á los obreros que explota la disminución de horas de trabajo; y á fin de probar y demostrar lo absurdas y económicamente perturbadoras que resultan las pretensiones de los proletarios entrañadas en el lema de los *tres ochos*, formula mil ficciosas teorías, y se encastilla, con habilidosa malignidad, tras los más crasos errores de economía.

Imitadores detestables del hediondo Malthus, los señores economistas—muy especialmente los de origen latino—trabajan con febril ahinco porque jamás la clase obrera pueda elevarse del desgraciado estado en que vive, arrastrándose inmundamente en las ciénagas humanicidas del brutal *pauperismo* físico, moral é intelectual en que yace sumida. Y para eternizar la infelicidad de los esclavos del trabajo, no reparando en medios, aseguran los defensores del régimen, que todas las peticiones formuladas por el proletariado, son injustas; que los obreros no tienen noción exacta de la verdad, y que por eso piden irritados cuanto les *aconseja la neurosis de sus extraviados mentores*.

«Piden los obreros—dicen los señores economistas—que se reduzca á ocho las horas de la jornada diaria del trabajo, que se les aumente el *jornal* y que se supriman las *empresas á destajo*, olvidando que el límite de tales exigencias, está económicamente determinado por la naturaleza mismá de las cosas; pues más sencillo que la concesión de todo eso, sería la supresión de la moneda, del crédito y de cuantos recursos facilita el cambio, y entonces, desapareciendo el capital, que vosotros llamáis y tenéis por elemento de toda explotación, desaparecería también la humanidad, al hundirse, en los horribles espasmos de la quiebra, todas las industrias y empresas del trabajo, fomento y sostén de la sociedad. Si algún gobierno fuera tan imprevisor que inten-

tare imponer á la riqueza particular el compromiso de dar satisfacción completa á las absurdas exigencias que sirven de bandera de combate á la parte exigua de los extrañados del pueblo proletario, el gobierno que á tal se atreviera, produciría la ruina de su Estado, porque el capital, que es muy dueño de hacer *lo que mejor le parezca y convenga al fomento de sus interesados, huiría de su suelo, yendo á buscar medios de desenvolverse con toda libertad, en otros países en que las exigencias de los obreros, fueran menos onerosas*, que á tales extremos pueden conducir á las naciones las utopías del socialismo profesadas por algunos irreflexivos hombres de Estado.»

Está visto: en su afán de negarlo todo, ciéganse los que nada encuentran mejor que lo presente, formulando razones de un gran valor gedeónico.

No comprenden bien la extensión de la marea que se les viene encima; júzganla local, cuando es universal, liliputiense, cuando es colosalmente gigantesca...

Tratárase, señores economistas, de un movimiento nacional, y tuvieran entonces, en cierto modo, algún valor vuestras pretensiones egoístas de traslación de la riqueza á los países en que mejor se alimentara la maldita planta de la explotación del hombre por el hombre; pero siendo el movimiento universal, abarcándolo como lo abarca todo, aunque trasladárais *vuestras industrias* á las regiones interpolares y procurárais y consiguiérais con vuestros sofismas y actos de vandalismo, *legalista* ó violento, reducir á la negra esclavitud del trabajo á los libres esquimales, aun admitiendo que esto os fuera posible, lo cual dista mucho de ser así, allí mismo, entre los frios artículos y las congeladoras auroras boreales, surgiría potentísimo, inmediatamente, el rayo de la rebelión que eleva y regenera.

Además, ¿han pensado los que tales afirmaciones hacen, en la imposibilidad que existe de poder trasladar á otras regiones los naturales veneros de producción y riqueza más positivos é insubstituíbles? ¿Green, por ventura, esos sabihondos señores, tan fácil como el traspaso de una fábrica, la traslación de una mina? ¿Pueden, asimismo, trasladarse, porque tal convenga á los explotadores del trabajo ajeno, los grandes ríos, las tierras fertilísimas y las frondosas montañas?

Si, por ejemplo, al dueño de un millón de reses, se le antoja, podrá, si es un *neurótico* y no sin gran trabajo, trasladar su ganado desde los verdes prados á los áridos arenales del desierto; pero no le sería humanamente posible hacer brotar la aljofarada hierba en el arrenal ardiente é inhospitalario, y esto, naturalmente, produciría su ruina.

¡Estúpidos! Supónense dueños y señores del mundo porque se hallan en posesión de una mínima parte de sus riquezas; creen mandar en *sus propiedades*, y en realidad son esclavos de ellas...

Mal que pese á los señores economistas, no les es dable á los poseedores de la riqueza arrancar á la tierra sus misteriosos gérmenes de fertilidad ni hacer abortar las cuantiosas riquezas minerales que, en su incesante y amoroso *coito*, engendra la Naturaleza en el obscuro seno de las montañas.

Los gérmenes de la riqueza universal, son, casi en su totalidad, *intrasladables*, y por grande que pudiera suponerse el poder de las clases esclavizadoras, jamás llegaría á tanto que pudieran á su capricho alterar las condiciones geológicas del suelo sobre que gravitan aprisionadas.

En todo son exagerados y sofistas tratando de hacernos comulgar con ruedas de molino.

Para que el hombre disfrute del humano beneficio de *trabajar ocho horas, descansar*

otras ocho y dedicar las ocho restantes del día á su instrucción y recreo, créanlo los señores economistas, no hace falta que se suprima la moneda, ni el crédito, ni el cambio; ni que se arruinen la industria y el comercio, ni mucho menos que desaparezca la humanidad. Basta y sobra con que los poseedores del capital quieran ser alguna vez hombres humanitarios.

No queremos entrar á discutir la gran conveniencia social que resultaría para todos, para explotadores y explotados, de conseguirse universalmente el triunfo de los *tres ochos*, porque esto está en la mente de todo hombre ilustrado, y porque nosotros, aspirando como aspiramos á la consecución de la total emancipación económica del proletariado, sin que por esto dejemos de prestar la atención que merece asunto de tan transcendental importancia, gustamos más de bajar á la palestra, rompiendo lanzas por la ruina del capitalismo.

Pero bueno será que hagamos saber á los señores economistas que tanto discurren, aunque inútilmente, para convencernos de que no es *justo ni económicamente tolerable* que el obrero trabaje solamente *ocho horas diarias*, que al obrar así trabajan en pro de nuestra causa, ya que cuanto más grande sea la injusticia y más insoportable el medio en que se desenvuelva la mezquina existencia del pueblo productor, más y más se afanarán los proletarios en sacudir un yugo tan pesado y detestable.

En vuestro interés está, pues, el dar satisfacción inmediata á ciertas pequeñas exigencias de vuestros explotados, si no queréis con vuestras torpezas promover antes de la fecha prevista la ruina de vuestra dominación como clase acaparadora, opresora y disolvente.

Ahora, elegid.

DONATO LUBEN.

LA ANARQUÍA

SU FIN Y SUS MEDIOS

LA PROPAGANDA POR EL HECHO

La resistencia contra las instituciones no formando parte de ellas.—Resistencia activa contra los actos de la autoridad.—Contra el capitalismo.—Contra la explotación.—Quejarse no es resistir.—Solidarización necesaria.—Ridiculez del aparato jurídico.—Cada uno según sus fuerzas.—Evolución necesaria.—Lucha contra las ideas recibidas.

Cuando la situación se agrava es cuando los ánimos, muy adelantados sobre el estado social existente, exigen una solución inmediata. Pero en tiempos de calma la acción no debe llegar hasta la violencia armada; la resistencia al medio ambiente puede hacerse sin necesidad de efusión de sangre. Los individuos, como los grupos, pueden oponerse á la autoridad sin producir la muerte de ningún hombre. Es posible una propaganda por el hecho, que, sin necesidad de pólvora, puede ser tan eficaz para destrucción del viejo mundo como el acto de violencia más fecundo en resultados. Esta propaganda consiste en predicar con el ejemplo.

Frecuentemente, á cada instante de nuestra vida, se presenta la ocasión de combatir la arbitrariedad sin servirnos para nada de las instituciones establecidas, y acos-

tumbrando por el ejemplo á cuantos nos rodean á que hagan lo que nosotros, podemos conseguir relativamente el que caigan en desuso.

Si empezáramos por rebelarnos contra los pequeños abusos de la autoridad, sentaríamos un buen precedente para poder atacar luego los grandes.

Diariamente se lee en los periódicos el relato de alguna brutalidad cometida por los agentes de la autoridad en presencia de una multitud que con frecuencia les ha dejado hacer sin protestar, ó se ha limitado á murmurar por lo bajo.

Y de estos atropellos nadie está libre; tan pronto es un pobre revendedor el brutalizado, como una mujer ó un niño.

En el terreno económico sucede lo mismo; un casero feroz arroja al arroyo á su pobre inquilino, despojándole de sus muebles, como un amo déspota que abusa del poder que le da el dinero, reduciendo á las familias á la más negra miseria.

A los desgraciados no se les ocurre otra cosa que ir á contar al periódico de la localidad sus infortunios. Redactan una protesta en términos violentos ó comedidos, y en ella, indignados, combaten la conducta de los agentes de la autoridad, ó de esas aves de rapiña cuyo corazón está ocupado por la caja de caudales; lanzan á la publicación todas las amenazas vanas de su impotencia; las saborean cuando el periódico las pone en circulación, y todo termina allí. Los polizontes y explotadores continúan sus proezas y villanías, burlándose de los gritos de la prensa y las recriminaciones de sus víctimas.

Si cuando los brutos á sueldo atropellan á alguien, la multitud les arrancara la víctima de entre sus manos; si cada vez que un casero, en condiciones más ó menos dramáticas, arroja todo el peso de su capital sobre la desgracia de un pobre inquilino, los vecinos de la misma casa se unieran para defender la víctima, reintegrándola á su domicilio, en vez de contentarse con lamentaciones estériles; si á cada injusticia que se comete en el taller, en vez de tratarle de explotador en la hoja de la localidad, todos los obreros se levantarán como un solo hombre para contrarrestar la arbitrariedad del amo y hacerse solidarios de su compañero injuriado, ó lanzado á la miseria, ¿no se acostumbrarían las gentes á obrar más eficazmente que con protestas, que la multitud no leería en presencia de los ejemplos prácticos que presenciara?

*
* *

Es cierto que estos actos actualmente parecerán un sueño, porque para practicarlos es preciso una unión y solidaridad que no existe entre los explotados.

Debemos, pues, crear esta unión, acostumbrando á los individuos á familiarizarse con la acción é iniciativa individual, demostrando que las protestas á la injusticia consumada, ni las recriminaciones de lejos, ni arreglan ni corrigen nada, y sí, en cambio, denotan rebajamiento de carácter y falta de virilidad en la multitud.

Se refunfuña, pero se sufre, y esto lo saben nuestros amos. Acostumbrémonos á protestar menos y á resistir más, y pronto tocaremos los buenos efectos.

Cuando nos hayamos convencido de que un hombre con uniforme no vale como dos, y que un capitalista con todas sus riquezas no vale más que por su carácter, nos sentiremos más fuertes para obrar.

Si nos fuera posible penetrar en los tribunales y ver las cosas tal cual son, veríamos lo mezquino que resulta el prestigio con que se rodean, cuán falso y ridículo es el aparato judicial, y, con sus grotescos disfraces, la indiferencia y poca atención que prestan á los asuntos en que se trata de la vida y la libertad de un hombre. La ampu-

losa elocuencia del abogado defensor y el ministerio público; los arranques de locuaz verbosidad y el estilo *marivodista* (1) con que hablan, parece que ignoran los sufrimientos humanos sobre los cuales operan. Si supiéramos todo esto, cuyo secreto estriba en la incultura y las viejas preocupaciones existentes, todas esas gentes nos inspirarían menosprecio y asco, y el respeto que inspiran por el daño que hacen, caerían envueltos en sus ruines arrogancias empujados por la indignación de las conciencias.

*
* *

Nos es imposible enumerar aquí todos los actos de nuestra existencia, que podríamos modificar gradualmente, á pesar de las leyes, y con lo cual induciríamos á los individuos á imitar nuestra conducta, y nos impondríamos á la sociedad. No podemos citarlos todos, pero las circunstancias los determinarán; que los hombres de ideas sepan inspirarse, y lo demás se hará con más rapidez que la que creemos los optimistas.

Hay muchos casos en los que podemos ponernos enteramente frente á los prejuicios sin experimentar grandes contrariedades, y otros en los que, á la menor resistencia, se expone el pan, la libertad y la vida. Es, pues, cuestión de moral individual, y cada cual debe saber discurrir sobre lo que puede y debe hacer. Cuando se está convencido de la necesidad de luchar, siempre se halla ocasión y medio.

Es una verdad, de la que nadie duda, el que si las gentes se acostumbran á obrar, según sus pensamientos, á no admitir lo que se odie, á no temer lo que sólo tiene fuerza por la obediencia que se les presta, á realizar seriamente lo que se cree justo, la revolución será un hecho bastante antes que podamos imaginarnos.

Es evidente que de la noche á la mañana tal línea de conducta no puede introducirse en nuestras costumbres.

Para que los individuos lleguen á notar la contradicción que existe entre sus actos y sus pensamientos, es preciso que adquieran un cerebro bien equilibrado y una energía moral muy superior á la que hoy poseen. A conquistar esto deben encaminarse todos nuestros esfuerzos; cada paso hecho facilita el siguiente.

La fuerza no puede ser eficaz sino con la condición de que esté guiada por una voluntad firme, resuelta, consciente, sabiendo lo que vale y á dónde va. Y esto es tan cierto que, hasta que no sepamos hacer respetar nuestra evolución por nosotros mismos, habremos de esperar nuestro bienestar de los demás hombres ó de la Providencia.

Esta es la propaganda por el hecho que los anarquistas deben saber emplear, propaganda que cabe en casi todos los actos de nuestra vida, y que puede ser aceptada por aquellos á quienes horroriza la violencia.

Burlarse del sarcasmo como de las amenazas; aprovecharse de todas las circunstancias de la vida para conformar nuestros actos con nuestro modo de pensar, aun exponiéndonos á pasar por iluminados; desembarazarse de un prejuicio hoy, absteniéndose mañana de una práctica absurda impuesta por la ley ó la opinión pública; luchar sin reposo contra las arbitrariedades del poder y la intolerancia de los individuos, son cosas en las que puede ejercitarse la voluntad y la energía de cada uno. Y seguramente los resultados que de tal conducta se desprenderán, será poner en prác-

(1) Empleamos este adjetivo como derivado de Marivaud, escritor del siglo XVI, que usó un estilo amanerado (N. del T.)

tica algunos de los puntos de nuestro ideal, que la ignorancia combate so pretexto de ser impracticable.

JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)

CIENCIA Y ARTE

CIENCIAS FÍSICO-NATURALES

Electricidad dinámica: su origen y teorías de Galvani y de Volta.—Pilas describiendo las de Volta, Artesa y Wollaston.—Influencia de las acciones químicas en el desarrollo de la electricidad dinámica, enunciando las leyes de Becquerel.—Pilas de corriente constante, describiendo las de Daniell, Grove y Bunsen.—Efectos de la electricidad dinámica.—Galvanoplastia y sus aplicaciones.

Electricidad dinámica.—Sabemos ya que la electricidad es una modalidad de la energía, cuyo punto inicial es el movimiento: todo movimiento condensado se traduce en una corriente eléctrica. La diferenciación de *estática* ó en reposo, y *dinámica* ó en movimiento, es puramente circunstancial: aunque se dice que la electricidad *estática* se desarrolla por el frotamiento, la percusión, la exfoliación y las acciones mecánicas, y que la *dinámica* procede de las acciones químicas y térmicas, una y otra deben realmente su origen á un movimiento molecular dependiente de cualquiera causa: su diferencia, por tanto, no es otra que la de cantidad y tensión: la electricidad de origen químico ó térmico es grande en cantidad y pequeña en tensión; la de origen mecánico ó electromotriz es grande en tensión y pequeña en cantidad.

Experimento y teoría de Galvani.—Por espacio de mucho tiempo venía estudiando este célebre médico y catedrático de Bolonia la influencia de la electricidad sobre la irritabilidad nerviosa de los animales, y especialmente de la rana, cuando en 1786 observó que, poniendo un arco compuesto de dos metales en contacto de los nervios lumbares de una rana recién muerta y de los músculos crurales, éstos se contrajeron enérgicamente. Este experimento vino á demostrar que la unión de los dos metales ocasiona una corriente, cuya tensión se manifiesta en los extremos del arco, y que tan pronto como éstos se ponen en comunicación mediante los nervios lumbares y crurales de la rana, se restablece el circuito, cuyo nivel eléctrico da lugar á las contracciones musculares. De ahí el nombre de *electricidad animal* ó *fluido galvánico* á la electricidad inherente al animal, la cual, según Galvani, pasaba de los nervios á los músculos por el arco metálico, y producía entonces la contracción.

Volta se declaró abiertamente opuesto á la teoría de Galvani, afirmando que la corriente dependía de la unión de los dos metales, puesto que el arco de un solo metal no producía el mismo efecto sobre la rana que el arco de dos metales distintos; además, demostró con repetidos experimentos, mediante su electrómetro condensador,

que el contacto de metales diferentes da lugar á un desarrollo de electricidad: tal sucede cuando se sueldan por sus extremos dos láminas angostas, una de cobre y otra de cinc. Por tanto, la rana, en el experimento de Galvani, no representa otro papel que el de un medio conductor. Esto no obsta para que todo tejido nervioso sea un transmisor de la energía en forma de corriente eléctrica, pues todo calor procedente de las combustiones intracelulares se traduce en energía que se acumula en los ganglios ó centros nerviosos y se reparte por todos los órganos mediante los nervios, que son los conductores.

Pilas.—Dase este nombre á todo aparato dispuesto de modo que en él pueda realizarse un desdoblamiento molecular ó una combinación química, cuya energía se manifiesta por fenómenos electrodinámicos.

Fundándose Volta en la teoría del contacto entre dos metales diferentes, ideó la primera pila que ha inmortalizado su nombre. Consiste ésta en una serie de discos de cinc y de cobre colocados alternativamente en columna y soldados de dos en dos, constituyendo cada unión un *par*. Estos pares obran separados por una rodaja de paño empapada de agua acidulada. Los extremos de la pila se llaman *polos*, de los cuales se dice que es *positivo* el terminado en el cobre, y *negativo* el del cinc. La pila descansa sobre un pie aislador y queda sujeta y además aislada por tres columnitas de cristal.

El funcionalismo de esta pila no obedece esencialmente, como creía Volta, al simple contacto de las dos láminas metálicas heterogéneas, sino en realidad á la acción química del ácido sobre el cinc. La energía desarrollada por tal reacción química se traduce en una corriente eléctrica cuya tensión tiene lugar en los extremos ó polos: si éstos se ponen en comunicación mediante alambres conductores (que se llaman *reóforos* ó *electrodos*), se establecerá un circuito cuyas soluciones de continuidad se harán evidentes por las pequeñas chispas y choques casi inapreciables que se suceden mientras dure la acción química, causa fundamental de la corriente.

Conviene antes de pasar adelante establecer la diferencia entre *tensión* y *cantidad*. Ya sabemos que tensión es la tendencia de la electricidad acumulada en los extremos á desprenderse; *cantidad eléctrica* es la masa de energía que puede desenvolver una pila: la tensión depende del número de los pares, y la cantidad de la superficie de éstos en igualdad de circunstancias.

Pila de artesa.—La de Volta tiene el inconveniente de que por la presión de los discos metálicos se exprimen las rodajas del agua acidulada, lo cual no deja interrumpir la corriente: para salvar este defecto se ha ideado la pila de artesa, que consiste en una caja rectangular de madera, tapizada interiormente de una capa de mastic aislador, donde se introducen pares soldados de cinc y cobre en placas: la pila se carga mediante el agua acidulada con ácido sulfúrico. Los dos extremos pueden ponerse en comunicación por medio de hilos metálicos ó reóforos.

Pila de Wollaston.—Este aparato representa ya un adelanto considerable: consiste en una serie de vasos de vidrio con agua acidulada, donde se introducen placas encorvadas de cobre, que rodean á otros de cinc. La primera lámina de cobre, se une por medio de una lengüeta al segundo cinc; la segunda de cobre, se une al tercer cinc, y así sucesivamente. El primer cobre soldado á un cinc representa el polo llamado *negativo*, y el último cobre, aislado, representa el *positivo*. Todos los pares están fijos y pendientes de un marco de madera, que puede subir ó bajar entre cuatro sustentáculos, á voluntad del operador.

El desarrollo de electricidad producido por las acciones químicas

se demuestra con el electrómetro condensador. Al efecto, colócase en el platillo del condensador un disco de papel humedecido, encima una cápsula de cinc con agua acidulada: sumérgese en el líquido una lámina de platino que comunique con el suelo, al paso que también se hace comunicar con él el platillo inferior mediante el dedo mojado; suprimidas las comunicaciones, y levantando el platillo superior, se advierte en los panes de oro la tensión eléctrica.

Se ha comprobado además por medio del galvanómetro que en toda reacción química hay un desprendimiento más ó menos abundante de electricidad, de lo cual ha deducido Becquerel las siguientes leyes:

- 1.^a *En la combinación del oxígeno con otro cuerpo toma el gas la electricidad positiva y el combustible la negativa.*
- 2.^a *En la combinación de un ácido con una base ó de cuerpos que se comportan como tales, el primero adquiere la electricidad positiva y el segundo la negativa.*
- 3.^a *Cuando un ácido obra químicamente sobre un metal, el ácido adquiere la electricidad positiva y el metal la negativa.*
- 4.^a *En las descomposiciones son inversos á los anteriores los efectos eléctricos.*
- 5.^a *En las dobles descomposiciones no está perturbado el equilibrio de las fuerzas eléctricas.*

Las pilas de Volta, de Cruikshank ó de artesa y la de Wollaston, presentan el inconveniente de que pierden con bastante rapidez su intensidad á medida que el ácido sulfúrico va gastándose en la formación de sulfato de cinc, y además por las *corrientes secundarias*, que se originan en sentido contrario de la principal, y que no pueden menos de destruirla en gran parte. Eso es muy natural que suceda en todas las pilas que constan de un solo vaso, donde funciona un líquido sobre dos metales: la sal formada, que es el sulfato cúprico, se descompone en parte por la corriente interior; el cinc reducido se deposita sobre el cobre al mismo tiempo que el hidrógeno procedente de la principal acción química. A fin de remediar estos inconvenientes se han inventado con éxito relativamente satisfactorio las pilas de corriente constante ó de dos líquidos separados por un diafragma poroso.

Pilas de corriente constante.—Se llaman así las pilas dispuestas de modo que puedan reaccionar dos líquidos diferentes: las así construídas presentan una constancia de intensidad notable, por cuya razón se llaman pilas de corriente constante: las de uso más general son la pila de Daniell, la de Grove y la de Bunsen.

La *pila de Daniell* consiste en un vaso de vidrio con una disolución bien saturada de sulfato cúprico, dentro del cual se sumerge un cilindro de cobre agujereado con un reborde que contiene sulfato cúprico; dentro de este cilindro hay un vaso poroso lleno de agua acidulada con ácido sulfúrico, donde se introduce un cilindro de cinc. Los cilindros de cinc y cobre llevan respectivamente unas varillas metálicas y que sirven de polos, á los cuales se ajustan los conductores ó reóforos. A veces el vaso de cinc es el exterior de la pila, y entonces en el vaso poroso se coloca el agua saturada de sulfato cúprico, y dentro una lámina de cobre: el resultado es el mismo. Cuando se establece el circuito por la comunicación de los dos reóforos, el agua se descompone en hidrógeno y oxígeno; el oxígeno, en unión del ácido sulfúrico, actúa sobre el cinc para formar el sulfato cúprico, y el hidrógeno actúa sobre el sulfato cúprico, precipitando el cobre y dejando en libertad el ácido sulfúrico de esta sal, que se dirige al agua acidulada para reaccionar sobre el cinc. De esta manera se obtiene una corriente constante y continua mientras haya sulfato cúprico que descomponer. Dase

en esta pila el nombre de polo positivo al procedente del cobre, y negativo al del cinc.

La *pila de Grove* consta de un vaso de vidrio lleno de agua acidulada con ácido sulfúrico; de un cilindro de cinc hendido en su longitud; de un vaso poroso con ácido nítrico, y de una lámina de platino fija en una tapa que descansa sobre el vaso poroso. En esta pila el hidrógeno procedente de la descomposición del agua atraviesa el vaso poroso y actúa sobre el ácido nítrico, debilitándole á medida que le roba oxígeno.

La *pila de Bunsen* es igual que la de Grove, con la diferencia de que en lugar de lámina de platino tiene un carbón muy compacto, que hace de polo positivo. Se compone de un vaso de vidrio ó de porcelana con agua y ácido sulfúrico; de un cilindro hendido de cinc amalgamado; de un vaso poroso que contiene ácido nítrico, y un prisma de carbón de coque ó retorta muy compacto. Del cilindro de cinc parte el réofo negativo, y del carbón el positivo. Tan pronto como se establece el circuito entre los dos polos en tensión, se descompone el agua en hidrógeno y oxígeno; este último, con el ácido, actúa sobre el cinc, ocasionando el sulfato cincico, y el hidrógeno atraviesa el vaso poroso, reaccionando sobre el ácido nítrico, dando lugar al desprendimiento de vapores nitrosos. Esta pila es de las más poderosas.

De todo lo expuesto deducimos que toda reacción química da lugar á una corriente de electricidad, cuya tensión se manifiesta en los extremos de los conductores. La tensión desaparece tan pronto como la masa eléctrica llega á su nivel por medio del circuito.

Efectos de la electricidad dinámica.—Los efectos de estas corrientes se clasifican en *fisiológicos*, *mecánicos*, *caloríficos*, *luminosos* y *químicos*; son idénticos á los de la electricidad estática, con la diferencia de que son más constantes, de más cantidad y de menos tensión.

Efectos fisiológicos.—Si se cogen con ambas manos los electrodos de una serie de pilas, se siente una violenta conmoción, parecida á la que produce una botella de Leyden. La conmoción es tanto más intensa cuanto mayor es el número de los pares.

Efectos mecánicos.—La corriente eléctrica arrastra consigo las moléculas, llevándolas de un polo á otro, como se observa en el arco voltaico, donde un carbón aumenta sensiblemente de volumen á expensas del otro.

Efectos caloríficos.—La corriente eléctrica, cuando encuentra un conductor de escaso diámetro, no sólo le calienta, sino que á veces llega á fundirle: de esta manera se explica cómo á veces varios alambres tan refractarios á la fusión como son los de platino y aun los de iridio, suelen fundirse al paso de una corriente eléctrica. Aun el mismo carbón suele reblandecerse al choque de dos tensiones opuestas.

Efectos luminosos.—Cuando en los extremos de dos alambres que están en gran tensión eléctrica se colocan sustancias medianamente conductoras, como son el carbón ó el platino, por ejemplo, la corriente eléctrica se densifica hasta el punto de ocasionar la incandescencia de tales sustancias: en esto precisamente se funda el alumbrado eléctrico. Para que esta luz sea constante, es preciso ir aproximando los carbones á medida que se gastan por la combustión: al efecto existen *reguladores eléctricos*. La incandescencia en el vacío consiste en encerrar en una ampolla de cristal un hilo de carbón ó de platino que representa un obstáculo al paso de la corriente: razón por la cual se declara incandescente, y no se consume mientras no intervenga el oxígeno que obra como comburente, reduciendo el carbón á ácido carbónico, y el platino á óxido y aun á ácido del mismo metal.

Efectos químicos.—La corriente dinámica es notabilísima en el desdoblamiento y recomposición de muchas sustancias. Por la acción de una corriente eléctrica se descompone el agua en sus gases elementales, hidrógeno y oxígeno, y por la misma acción se recompone el agua combinándose sus elementos. Esta propiedad que tiene la corriente eléctrica de descomponer muchas sustancias, es objeto de la *electrolisis*.

En los gabinetes de física suele demostrarse la descomposición del agua por medio del *voltámetro*, que consiste en una vasija dentro de la cual se coloca el agua ligeramente acidulada para aumentar su conductibilidad; del fondo de la vasija salen dos alambres procedentes de los polos de una pila, y sobre cada uno de ellos se colocan invertidos los tubos llenos de agua. En el momento en que funciona el aparato se descompone el agua en hidrógeno, que va al polo negativo, y oxígeno, al positivo. El doble volumen de hidrógeno recogido en el tubo nos dice que el agua se compone de dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno.

Galvanoplastia y sus aplicaciones.—Como la corriente eléctrica tiene la propiedad de desdoblar muchas disoluciones salinas, precipitando sus metales y aun sus óxidos, se ha sacado un gran partido de ella, cuya aplicación más inmediata es la galvanoplastia y la electrolisis. La galvanoplastia es la operación que consiste en precipitar de ciertas disoluciones salinas placas metálicas sobre sustancias bien conductoras de la electricidad.

El dorado, plateado, platinado ó cobrizado galvánico consiste en descomponer por medio de la corriente eléctrica una disolución de cianuro doble de potasio y del metal que se desea precipitar. Al efecto se dispone una cubeta de vidrio ó madera bien barnizada interiormente, donde se coloca la disolución. Por separado se montan una ó varias pilas de Bunsen, uniéndolas de modo que sólo queden libres los dos reóforos opuestos. El objeto metálico que se desea dorar, platear, etc., se introduce en la cubeta suspendido del polo negativo ó correspondiente al cinc, y del polo positivo se suspende una lámina de oro, plata, etc., según que el baño sea para dorar ó platear. En el momento de establecido el circuito, comenzará á dorarse ó platearse el objeto. En el mismo procedimiento se funda el niquelado y todo lo que sea precipitar un metal sobre otro ó sobre un cuerpo buen conductor. Si se trata de reproducir un molde, una medalla ó un grabado metálico, no hay que hacer más que obtener por presión una negativa en cera, escayola ó gutapercha, impregnar bien de plumbagina lavada la negativa obtenida y sumergirla en un baño galvánico de sulfato de cobre, suspendiéndola del polo negativo; se establece el circuito, y á las pocas horas podrá desprenderse de la negativa una placa de cobre con todo el relieve de la imagen. Este procedimiento tiene gran aplicación en la tipografía para reproducir todo género de grabados, etc., etc.

FRANCISCO SALAZAR.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Una cátedra de hipnotismo.—*Los enfermos imaginarios.*—*La sugestión.*—*Algunos casos notables: contagio por simpatía, suicidio por sugestión.*—*Poder de la imaginación.*—*Los pretendidos milagros.*—*Transmisión del pensamiento.*—*Leyes generales de la evolución.*

Hace algunos meses circuló por la prensa un telegrama anunciando que en la Escuela Central de Medicina de Nueva-York se había creado una cátedra para el estudio del hipnotismo como agente terapéutico.

No insistiré sobre la utilidad de esta medida: hace tiempo ya que la termo-inteligencia reclamaba ser reconocida como ciencia oficial, con igual derecho que la termodinámica y la termo-química. Aun aquellos que, esclavos de la rutina u obedientes á preocupaciones filosóficas ó religiosas, son adversarios decididos de las prácticas del hipnotismo, deberían alegrarse de verlas manifestarse á la luz del día, bajo los auspicios de la ciencia, lo que impedirá á ciertos ignorantes mezclar el charlatanismo á experimentos perfectamente científicos y aplicar procedimientos eficaces á casos en que pueden constituir un peligro.

Por lo demás, el experimento de los neoyorquinos ha tenido un éxito excelente. El profesor ha enseñado á sus discípulos el medio de aplicar la sugestión hipnótica á gran número de enfermos, que se prestaban admirablemente al tratamiento, y á abstenerse de emplear tales procedimientos respecto de pacientes cuyas condiciones psicológicas especiales no se prestan á ello. De ese modo, sin haber de registrar accidentes desgraciados, se ha llegado á curar muchas enfermedades, especialmente las procedentes del sistema nervioso, á efectuar operaciones quirúrgicas sin dolor, á hacer odioso el tabaco y el alcohol á fumadores y borrachos inveterados, y aun, en casos desesperados, á estimular, por medio de la sugestión, los inagotables recursos de la naturaleza. En una palabra, el hipnotismo ha hecho sus pruebas, demostrando que se halla bajo la inspección de la ciencia y puede aplicarse á la medicina con buen éxito frecuentemente, sin peligro siempre.

Sin contar las enfermedades reales, hay un gran número de enfermedades imaginarias, mucho más numerosas de lo que generalmente se cree, y que acaban por convertirse en verdaderas enfermedades, para cuya curación el hipnotismo está naturalmente indicado. Si una sugestión ha causado el mal, otra sugestión debe hacerlo desaparecer. Podría citar muchos casos en que la imaginación desempeña un papel principal, sea en enfermedades que padecen ciertas personas ó en los actos que realizan.

Una muchacha de diecisiete años, Berta Schseiberg, murió no hace mucho tiempo en San Luis de una meningitis contraída á consecuencia de un artículo que leyó en un diario donde se explicaban con todos los detalles, acompañados de grabados, los sufrimientos de esta enfermedad.

Las personas que sueñan que navegan y se marean suelen sufrir con frecuencia al despertar, las consecuencias del mareo.

El año pasado se suicidó un hombre en Falisolles, cerca de Namur, en las siguientes curiosas circunstancias: se tendió sobre la vía férrea, poniendo su cabeza sobre una almohada colocada sobre el rail, y de esa manera esperó el tren, que le aplastó el cráneo. Registrado después el suicida se le encontró en un bolsillo un número del periódico satírico *Le Rire*, que contenía un dibujo representando un hombre tendido sobre la vía, que apoyaba su cabeza en una almohada colocada sobre los railes, esperando la llegada del tren. He ahí un caso bien definido de suicidio por sugestión. Por otra parte, es bien sabido que el suicidio, aunque generalmente debido á la miseria y á otros crímenes perpetrados por nuestra sociedad capitalista, ha revestido en ciertas épocas todos los caracteres de una verdadera epidemia.

Recordaré el curioso y harto conocido del profesor Slosson, quien se presentó un día ante sus discípulos con una botella cuidadosamente tapada, advirtiéndoles que el olor del producto químico en ella contenido, era tan nauseabundo que temía que no pudieran resistirlo. Después de ese preámbulo destapó la botella, separando la cabe-

za y haciendo un gesto marcadísimo de desagrado; pasados algunos instantes, los discípulos se tapan las narices con el pañuelo, y algunos se ven obligados á salir de la sala. Sin embargo, la botella contenía agua destilada sin mezcla de substancia alguna.

En Río Janeiro ha ocurrido recientemente que un ingeniero llamado Eduardo Silva, apodado «el milagrero», curó muchos enfermos sin emplear medicinas; limitábase sencillamente á poner las manos sobre la parte lesionada ó dolorida. Todo su secreto consistía en el empleo de su potencia sugestiva, que era considerable, y en la fe que se tenía en él. Claro está que no podía curar todos los enfermos que le pedían la salud; pero no fallaba cuando se trataba de aquellos, numerosísimos por cierto, cuyo mal era susceptible de desaparecer por la sugestión. En ello nada hay de extraño; es un fenómeno análogo indudablemente á los supuestos milagros de que la gente de sotana saca tan pingüe partido. Si en lugar de gastar el dinero en ir á bañarse en una sucia piscina, fuese el paciente con la misma fe á sumergirse en el río más próximo, el resultado fuera el mismo. Hablo aquí, por supuesto, de casos reales, en que una sugestión mental puede producir una curación, no de esas vergonzosas artimañas que se organizan con harta frecuencia, para timar á creyentes incautos.

La transmisión del pensamiento, por contacto ó á distancia, durante el sueño hipnótico ó en estado de vigilia, es hoy un hecho adquirido. Esta clase de experimentos ha franqueado los estrechos límites de los círculos de estudios psicológicos, para invadir los salones, las sociedades recreativas, la calle y hasta las barracas de feria, donde, junto á los trasnochados juegos de los prestidigitadores, se asiste á veces á experimentos verdaderamente curiosos por medio de pretendidos videntes, que no ven nada, pero que reciben admirablemente á distancia y en estado de vigilia, la sugestión mental de personas particularmente bien dotadas, las cuales son por cierto muy numerosas, fuera del cuadro de los profesionales.

Toda vez que el pensamiento se transmite como la luz, el calor y la electricidad, ya es hora de que se intente determinar las leyes de esta transmisión, y sacar de ella el mayor partido posible, aunque con ello se moleste á los defensores de las religiones, quienes temen que en tales experimentos se hundan para siempre las viejas concepciones que sirven de base á las religiones positivas. Felizmente se ha empezado ya á estudiar seriamente este asunto, y las publicaciones que exponen las teorías del pensamiento son cada vez más numerosas. Hace poco, el Dr. Guérin ha publicado un libro magistral sobre las diferentes manifestaciones del pensamiento, en que estudió su funcionamiento, lo mismo que el de la conciencia y de la voluntad; concluyendo de sus observaciones que no hay diferencia de naturaleza entre las manifestaciones del pensamiento del hombre y el de los animales, existiendo solamente diferencia de cantidad, de complicación y de calidad. Para dicho autor hay, además, una estrecha relación entre el pensamiento, la conciencia y la sensación, como ha sido demostrado por Ramón y Cajal en España y por Kropotkine en Inglaterra, en una excelente colección de artículos publicados por la *Nineteenth Century*.

Según Guérin, la voluntad, como la conciencia, es el producto de las sensaciones y la resultante de las fuerzas almacenadas en el cerebro.

No sin razón afirma Hœckel en su famosa *Psychologia celular* que la historia de la evolución de la humanidad y de todo hombre depende de las mismas leyes inmutables de la mecánica, con esta sola diferencia: el desarrollo de la naturaleza orgánica es infinitamente más complejo que la evolución de la materia inorgánica; pero uno y

otro reposan sobre movimientos de masas materiales, y esos movimientos son todos reducibles á los fenómenos de atracción y de repulsión de las moléculas que forman los cuerpos, átomos de los cuales son formados esas moléculas y éter que liga entre sí todos los átomos.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

CRÓNICA ARTÍSTICA

Empieza Tolstoi su último libro diciendo que los hombres circulaban por las calles abrumados por mil pequeñas preocupaciones, sin hacerse cargo del hecho más importante que ocurría, del fenómeno sorprendente de la primavera.

He vivido mucho tiempo en el campo y he tenido la fortuna de presenciar dos explosiones de esa alegría de las cosas que preceden al verano. Y he de afirmar contra el dicho de Tolstoi que en la villa de Llers los hombres vivían en tan hermosa penetración con la naturaleza que al llegar el mes de Mayo nada les interesaba tanto como las espigas de los trigos, los brotes verdísimos y frágiles de las viñas y los dulcísimos rosarios de florecillas diminutas que esmaltaban de blanca palidez la masa plomiza de los frondosos olivares.

En el pueblo no se hablaba de otra cosa. Las gentes citaban los olivos y cepas más ufanos, discutían sobre cuál era el campo donde se preparaba mejor cosecha de trigo, anunciaban maliciosamente á los jóvenes los primeros cerezos cuyo sonrosado fruto era una invitación á la rapiña, y las muchachas volvían de los plantíos con ramos de amapolas y tomillo y romero florido.

El viejo Gall, que á los hombres de cincuenta años les llamaba *muchachos sin experiencia*, comparaba aquélla con las primaveras más remotas, resolviendo siempre que habían sido más espléndidas las de su juventud. — Vosotros no habéis visto nada todavía—murmuraba.— Pero una vez le vi pasar con un ramo de olivo en la mano, tan pomposamente abrigado de flores, que no pudo negarme su admiración. —Tú qué sabes—me dijo—por qué yo defendía *mi primavera*. Y luego, refunfuñando, añadió que antes se veía esto muy á menudo.

El único que allí no sentía hondamente la alegría de los campos era yo. Me gustaba ver los espinos floridos que cierran las parcelas, espiaba las amapolas ocultas en los trigos, me enamoraba en todo la flor, sentía únicamente la belleza. Y aquellos hombres rudos que había creído inferiores á mí poseían un alma más completa y vigorosa, porque en las flores y en los frutos, en los cerezos y en las vides y en los olivos lo mismo que en las amapolas, tomillos y romeros, veían el despertar de la tierra que les llenaba de reposada alegría.

El día de San Pedro Mártir se celebró una fiesta singular: la bendición de las flores y de los campos. Salió la comitiva á lo más alto del pueblo, allí se echó la bendición á los cuatro vientos, y todos los concurrentes arrancaron exuberantes ramas de espino florido. Sólo una cosa me dió tristeza: la ceremonia, que debe ser antiquísima, y que recuerda las viejas solemnidades paganas, tomó más tarde un aire religioso patriarcal; ahora no es nada, porque falta la libre comunión con la naturaleza, y carece asimismo de aquel sentimiento religioso verdadero de otros días, substituído por la hipocresía y el fanatismo.

Aquí en Madrid la mayor parte de la gente, como en la novela de Tolstoï, no se ha enterado de este hecho capitalísimo del renacimiento primaveral. Esto tiene en la ciudad una importancia sumamente reducida. Nuestras relaciones con los elementos naturales son menguadas y groseras. Del sol apreciamos solamente si su calor es agradable ó molesto en el paseo; la lluvia nos conviene para quitar el polvo de las calles y nos marea cuando es tan abundante que llena de barro el pavimento; el viento sabemos que ciega los ojos y distribuye pulmonías y así lo reducimos todo al contraste de un mezquino interés personal.

Con unos amigos he salido muchas veces á ver el regocijo de los campos y recomiendo á mis lectores que lo hagan también. Las orillas del Jarama, el monte del Pardo, Torrelodones y Marmota son oasis grandiosos de verdura en esta desolada tierra madrileña. Salgan á dejarse vivir, á no hacer nada: no vayan á preparar una franquichela, ni turben la paz de los campos con sórdidos rasgueos de guitarra, ni con bailes impúdicos y groseros. Las tierras abrasadas por el sol les darán la emoción de sus misterios, y aprenderán á amar el viento que cimbrea las plantas é impulsa el ascenso de la savia, y á recibir con serena calma la lluvia fecunda que humedece la tierra muerta de sed.

* *

Cuando alguno que otro hace en los diarios la observación de que la vida artística en Madrid es sumamente pobre, se le acusa de exagerado y á renglón seguido se sacan á colación, aunque sin fijar el número, los variados espectáculos que la villa ofrece á la contemplación del artista. No se recuerda bastante que vivimos en una población de quinientos mil habitantes, ni se tiene en cuenta que quizás en ninguna otra ciudad europea se da el caso de que por la prensa y por un número inmenso de *personas ilustradas* se tomen por espectáculos artísticos ciertas funciones de teatros.

Dos ó tres exposiciones de pinturas que se pueden celebrar gracias á la costumbre que tienen de asistir á ellas los artistas valencianos y andaluces; cincuenta ó sesenta representaciones de ópera, la mayoría de las cuales son sencillas exhibiciones de divos y divas italianos; doce conciertos de música de salón muy aceptables; otros tantos conciertos orquestales que en el presente año han sido malos en su mayoría, y alguna que otra compañía española ó extranjera de declamación que no puede hacer arte exclusivamente para no ahuyentar al público. Esto aparte, hemos tenido una compañía de zarzuela grande que nos ha dado dos obras malas y se ha disuelto al fin, y otra compañía de ópera que ha devuelto el dinero por falta de concurrencia.

Todavía estos espectáculos no se distribuyen entre todo el año: tenemos cuatro ó cinco meses de invierno en que el arte está algo de moda. Para la mayor parte del público el espectáculo artístico no es una necesidad del alma, sino una conveniencia social. Cuando ha pasado la temporada nos sentimos libres de este molesto deber y dejamos que se arruinen las empresas que tienen la temeridad de suponernos una afición de que carecemos.

Si hubiese una fuerte necesidad artística, tendríamos arte. No hay orfeones porque al pueblo le basta con la música de *Gigantes y cabezudos*; no se dan conciertos en la vía pública, ni tiene banda el Ayuntamiento, ni alquila para ello á cualquiera de las bandas militares, para no marear al pacífico vecindario. No sé por qué razón no han de permitir la entrada libre en el Museo del Prado; así como así, no molestaría la concurrencia, pues ya se ve la poca gente que lo visita los domingos. Hay muchos madrileños que no han entrado nunca á ver aquello.

Un artista amigo mío ha querido presentar en Madrid una exposición de dibujos bastante notables. No se trata de un nombre desconocido, sino muy popular en los semanarios ilustrados; pues bien: no ha encontrado un solo comerciante que comprenda cómo podría ser aquello un anuncio para su establecimiento. Al pedirseles parte de local quieren que se les dé un tanto por ciento de lo que se venda, y además una buena cantidad encima. El pobre muchacho me decía: «Créame usted; aquí todo está organizado para la holganza. Mientras no hace usted nada tiene usted muchos amigos; pero en cuanto se resuelve á emprender algo, todos se le arrojan encima y le quitan las ganas de trabajar.»

Nos hemos quedado ahora sin ópera en el Real y en la Princesa; sin zarzuela grande de ningún género; con una exposición de pinturas que hace llorar; sin otros conciertos que los dos anunciados por Trago en la Comedia, piano solo, Saint-Saëns, etcétera, etc.; y en substitución de todo esto, *cuatro teatros*, ¿entienden ustedes bien?, *cuatro teatros* de género chico, con chulos repugnantes, murcianas cursis y otros entes ridículos.

Sólo en la Comedia hay una artista que se ha visto obligada á presentar un repertorio *ad hoc*. El año pasado presentó algunas obras de arte sincero; ahora se ha reducido á estrenar dos ó tres cosas de autores italianos, no tan malos como lo son hoy los nuestros generalmente. Y aparte de esto, da *sábados blancos* para solaz de los memos de la aristocracia, y dedica casi todo el resto de la semana á presentar comedias puercas. Esto da más todavía que los pedantescos dramas de tesis á lo Dumas hijo.

Me subleva la hipocresía de los que protestan en el teatro de las escenas que un verdadero artista se ve precisado á presentar con alguna desnudez naturalista; pero me inspiran una profunda repugnancia los que van allí á ver situaciones y á oír palabras cochinas, presentadas por autores que substituyen la emoción artística de que carecen, con el descaro impúdico de sus indecencias.



Se ha hablado tanto y tan mal del *Amor libre*, que había renunciado á leer el tomo que con este título ha publicado en francés Carlos Albert, y ha traducido al español Ciro Bayo. Creí que se trataba de una nueva arremetida de alguno de estos energúmenos empeñados en demostrarnos que no existe el amor porque ellos tuvieron la desgracia de no conocerlo.

Pero una vez leído el tomo á ruegos de un amigo, he de confesar que no he perdido el tiempo. Se trata de un libro de vulgarización científica, en que preside un sentimiento bastante delicado. Entre los muchos trabajos destinados al pueblo, pocos habrá que tengan del amor una idea tan sencillamente espiritual.

En un capítulo titulado el *Amor y su Génesis* estudia de una manera quizás demasiado superficial los precedentes biológicos del amor humano desde los más humildes á los más perfectos animales. Más que datos científicos hay conclusiones sacadas de estos datos, y la idea que del conjunto se desprende es que la relación sexual no ha podido convertirse en verdadero sentimiento amoroso hasta llegar al hombre.

En los *Progresos del amor humano*, capítulo sumamente deficiente, pues no hace referencia alguna á los trabajos de Morgan, Spencer, Mac-Lenan y otros autores importantísimos y sólo se cita á Westermarck, que se ha dedicado á refutarlos y á Letourneau, que casi se reduce á resumirlos, defiende Albert el principio de la evolución aplicado al amor. No puedo discutir aquí este punto con la extensión que quisiera.

negar la progresión del sentimiento amoroso, creo que hemos progresado más en la conciencia del amor que en el amor mismo. De un número reducidísimo de estas que no son la última palabra de la ciencia, deduce el autor que los primeros hombres no estuvieron tan adelantados en amor como algunos animales. Confunde lastimosamente la forma del amor con el amor mismo que puede existir hasta en la tribu jehetáica. Ni el hombre primitivo desconoció el sentimiento amoroso, ni ahora hemos llegado a una espiritualidad tan grande como implícitamente supone el autor.

Es verdad que el hombre salvaje no tiene apenas conciencia de este sentimiento que alienta en él; pero por debajo de la brutalidad de su conciencia está el sentimiento amoroso con delicadezas y entusiasmos muy poco inferiores a las del hombre civilizado. Ahora razonamos nuestro amor, lo conocemos, lo ensalzamos quizás más de lo que merece, pero en el fondo no hemos progresado mucho.

Los tres capítulos siguientes se resienten de este apriorismo del autor. Estudia en ellos la prostitución, el matrimonio actual y el amor libre en la sociedad comunista. Todos los presentes obstáculos al amor los atribuye a la miseria, a la sociedad burguesa y a la ley. Leyendo estas páginas del libro se ve que el autor, arrastrado por un apriorismo de escuela radical, ha ido más lejos de lo que permitía la idea que preside el resto del libro. Claro que la miseria, la ley y el régimen capitalista perjudican a la libre expansión del sentimiento amoroso; pero no es verdad que sólo a esto se deban la prostitución y los matrimonios mal avenidos, y lo es mucho menos que en el matrimonio actual el amor no entre casi nunca para nada.

Lo que hay es que todavía estamos en vías de progreso; nuestro sentimiento amoroso no es tan puro y fuerte como lo deseara nuestra inteligencia, y a esto más que a otra cosa son debidos los actuales obstáculos al amor puro y duradero. Es un error creer que la ley, el capitalismo y la miseria puedan influir de una manera tan general y decisiva; el amor es amor, a pesar de todo, y triunfa hasta donde le impulsa su fuerza, a pesar de todos los obstáculos. Porque el capitalismo, la miseria, la ley y el amor burgués, como le llama Albert, son efectos de nuestro estado imperfecto de progreso intelectual y social.

Además, me parece un juego puramente imaginativo todo ese cuadro que hace Albert del amor en la sociedad comunista. Ni ahora estamos tan mal ni entonces es probable que estemos tan bien (1). Siempre será un error querer leer en el tiempo futuro. El cristianismo nunca ha sido lo que se figuraron Jesús y sus apóstoles. ¿Quién es capaz de prever todos los elementos morales, intelectuales y materiales que entrarán a formar la sociedad futura?

El último capítulo del libro *La mujer y su liberación*, es el que me gusta más de la obra. Aparte lo que al final dice el autor, su apriorismo sectario, perjudicial siempre en el hombre de ciencia que ha de estudiar las cosas sin ningún prejuicio, señala la liberación de la mujer de una manera muy distinta a la de una buena parte del movimiento feminista. Combate la manía de que la mujer tenga que hacer concurrencia al hombre en sus oficios y ocupaciones, y ennoblece el ideal femenino en un sentido algo parecido a las ideas de Ruskin.

PEDRO COROMINAS.

(1) Téngase en cuenta que este es el criterio del autor de esta crónica exclusivamente, pero que la Redacción respeta, como respeta el de todo el mundo. (N. de la R.)

MARIDO Y MUJER

NOVELA

(Continuación.)

Entonces volvió á mi memoria con una viveza extraordinaria una conversación que habíamos tenido algunos días antes.

Sostenía Katia que á un hombre le es más fácil que á una mujer amar y declarar su amor.

—Un hombre—decía—puede declarar siempre su amor, mientras que una mujer no se atreve.

—A mí me parece—replicó Serguei Mikhailovich—que tampoco debe ni puede declararlo un hombre.

—¿Por qué no?—pregunté.

—Porque su declaración será siempre una mentira... Ama... ¡Qué descubrimiento! Oyéndolo se diría que en el instante de hacer esa revelación estalla dentro de él alguna cosa. ¡Bahl... ¡A...mal... Parece que, cuando un hombre dice á una mujer «te amo», debe pasar alguna cosa extraordinaria, como una aparición... como si se tirase un cañonazo. Creo—añadió—que los hombres que toman en serio esas palabras sacramentales: «Yo amo á usted», se engañan á sí mismos ó engañan á los demás, que es más grave.

—Pero, ¿cómo va á saber una mujer que la aman, si no se lo dicen?—preguntó Katia.

—¡No sé!—respondió.—Cada hombre expresa el amor á su manera. Ese sentimiento se manifiesta constantemente. Siempre que leo novelas, no puedo menos de representarme el desconcierto del protagonista, al exclamar: «¡Yo te amo, Leonor!», esperando que van á suceder grandes cosas, cuando el hecho es que no pasa nada nuevo ni en él ni en su heroína, sino que los dos siguen con su misma cara, su misma nariz y sus mismos ojos.

Comprendí inmediatamente que esas bromas contenían alusiones serias dirigidas á mí; pero Katia no entendía de bromas, en tratándose de héroes de novela.

—¡Siempre paradojas!—exclamó.—Ahora dígame francamente si jamás ha declarado usted á una mujer que la amaba.

—En mi vida he dicho cosa semejante ni me he puesto de hinojos delante de una mujer—respondió riendo—, ni lo hare jamás.

Acordándome de esas palabras, pensé:

«No necesita decirme que me ama. Lo sé sin que me lo diga. Y no me engañarán todos sus esfuerzos por parecer indiferente.»

—Toque usted algo—dijo, entrando detrás de mí en el comedor.—Hace mucho tiempo que no la he oído á usted.

—Eso me decía yo—respondí.

Y en seguida, clavando bruscamente mis ojos en los suyos, le pregunté:

—Serguei Mikhailovich, ¿no está usted enfadado conmigo?

—¿Por qué?—interrogó.

—Por no haberle escuchado después de la comida—respondí sonrojándome.

Comprendió, meneó la cabeza y sonrió. Su mirada decía que habíamos merecido que nos riñesen, pero que él no se sentía con fuerzas.

—¿No hay ya nada entre nosotros? ¿Volvemos á ser buenos amigos?—insistí, sentándome al piano.

—¡Ya lo creo!—respondió.

Durante toda la noche habló poco conmigo; pero en todos sus movimientos, en todas sus miradas, hasta en las palabras que dirigía á Katia y á mi hermanita, se transparentaba el amor. De ese amor no me cabían ya dudas; pero compadecía á Serguei, y no le perdonaba que juzgase necesario disimular sus sentimientos y afectar frialdad respecto á mí, cuando yo veía tan claro lo que había, y nos hubiese sido tan fácil ser perfectamente felices.

Entre tanto, no cesaba de atormentarme como un crimen el recuerdo de mi travesura. Me parecía que él había dejado de respetarme desde que franqué las tapias del jardín, y que estaba enfadado conmigo.

Después de tomar el te, me aproximé al piano. El me siguió.

La espaciosa sala de alto techo no estaba alumbrada más que por dos bujías puestas en el piano. Una luna de noche de estío nos sonreía al través de las ventanas abiertas. Todo estaba en calma; no se oían más que las pisadas de Katia, que hollaban de vez en cuando la arena, y el caballo de nuestra visita; el animal estaba atado debajo de la ventana, y resoplaba, golpeando el suelo con el casco.

Serguei estaba sentado detrás de mí; yo no podía verlo; pero en la penumbra de la sala, en los sonidos del piano, en mí misma, en todas partes sentía su presencia.

No distinguía su mirada ni sus movimientos, y sin embargo, repercutían en mi corazón. Me puse á tocar la sonata-fantasia de Mozart que él me había llevado, y que había aprendido con él y para él. No pensaba en mi música, y, sin embargo, me parece que no salí muy mal de mi empeño, y que Serguei Mikhailovich me escuchaba con placer.

Adivinaba que me miraba y que estaba contento. De pronto, sin querer, y sin dejar de tocar, volví la cabeza y dirigí una ojeada hacia su sitio. Su cabeza se destacaba sobre el claro fondo de aquella noche luminosa. Tenía la mejilla apoyada en la mano y posaba en mí dulcemente sus brillantes ojos.

Sonreí al encontrar esa mirada, y paré; él también sonrió, y, reconviniéndome con un ademán, señaló el papel de música para que continuase.

Cuando acabé la sonata, ya estaba alta la luna, y su claridad más intensa, reforzando el tenue resplandor de las bujías, inundaba el suelo de una ola de argentada luz.

Katia dijo que había tocado mal, porque me había parado en el pasaje más hermoso; pero Serguei Mikhailovich declaró al contrario, que no había tocado nunca mejor que aquella noche.

Se puso á pasear, yendo de la sala al comedor, y cada vez que volvía hacia mí me miraba y sonreía. Yo le devolvía su sonrisa, y hasta me daban unas ganas locas de reír, sin venir á cuento, sino sólo porque estaba muy contenta de todo lo que había pasado aquel día. Cuando él salía del comedor, yo abrazaba en seguida á Katia, que se había acercado al piano, y le plantaba un beso debajo de la barba, en el sitio favorito para mí de su rollizo cuello; en cuanto él volvía á entrar, me ponía muy seria, aun cuando pasaba los mayores apuros por contener la risa.

—¿Qué tiene hoy?—preguntó Katia.

Serguei Mikhailovich no respondió; se limitó á mirarme y á sonreír. Sabía lo que tenía yo aquel día.

—¡Vean ustedes qué noche tan hermosa!—exclamó desde la sala deteniéndose delante de la puerta que daba á la azotea.

Katia y yo nos unimos á él. En efecto, jamás había visto una noche semejante.

La luna llena se encontraba encima de nuestra casa, y no podíamos verla. La mitad de la sombra del techo, de las columnas y del toldo se proyectaba oblicuamente sobre el paseo de arena y el redondel del césped. Todo el resto de la azotea resultaba en relieve á la luz de la luna y brillaba con el rocío.

Sobre la ancha avenida, guarnecida de flores, que se perdía á lo lejos en la bruma, se dibujaban las siluetas de las dalias al lado de la faja luminosa y fría en que centelleaban los guijarros desiguales. Al través del ramaje se veía relucir el techo liso de la estufa, mientras que del fondo del barranco subía una niebla y avanzaba espesándose. En las ramas de las lilas, desfloradas ya en parte, se distinguían claramente los racimos de flores húmedas de rocío. La sombra y la luz se combinaban en los paseos con efectos tan fantásticos, que no eran ya árboles y sendas los que se veían, sino especies de casas transparentes que se balanceaban con suaves ondulaciones.

A la derecha, dentro de la sombra de la casa, todo aparecía negro, siniestro, espantoso. En ese fondo obscuro destacábase por contraste brillantemente la atrevida copa del álamo. Se preguntaba uno por qué esa copa había detenido su vuelo á la altura de la casa para bañarse en esa cruda luz, en vez de lanzarse más arriba, allá á lo lejos, á las profundidades del cielo azulado.

—¡Vamos á pasear!—exclamé.

Katia consintió, á condición de que me pusiese zuecos.

—No, no es menester—respondí. Serguei Mikhailovich me dará el brazo.

No es fácil ver cómo podía preservar mis pies de la humedad el brazo de Serguei Mikhailovich; pero á todos tres nos pareció muy natural la observación.

El no me había ofrecido nunca el brazo; aquella noche lo tomé yo por mí misma, y no le pareció una cosa extraña. Bajamos los tres á la azotea.

Se me figuraba que el cielo, el jardín, el aire que respiraba y el mundo entero eran nuevos para mí.

Cuando miraba hacia adelante por el paseo que seguíamos, me figuraba que no había nada más allá, que el mundo de la realidad concluía al extremo, que aquella noche debía cristalizarse para siempre con toda su belleza. Pero á medida que avanzábamos, el muro mágico de la belleza alejaba sus límites para dejarnos pasar, y por doquiera encontrábamos más jardín, más árboles, más caminos y hojas secas.

Y así era la verdad, porque pasábamos de una calle á otra, hollando círculos de sombra y de luz, y crujían bajo nuestros pies verdaderas hojas secas, y acariciaba nuestra cara fresco follaje.

El era, sin duda, el que iba junto á mí, sosteniendo blandamente mi brazo, y andando de una manera acompasada y sosegada; y Katia era también positivamente la que iba junto á nosotros haciendo crujir la arena con sus pisadas.

La luna debía ser la que derramaba su luz desde lo alto del cielo entre las ramas inmóviles.

Pero á cada paso que daba hacia adelante y hacia atrás, cerrábase el muro mágico, y dejé de creer en la posibilidad de avanzar, dejé de creer realidad todo lo que veía.

—¡Ah! ¡una rana!—gritó de repente Katia.

«Sí—pensé maquinalmente—; una rana; pero ¿á qué ese grito?» Entonces recordé que Katia tenía miedo á esos batracios, y miré al suelo.

Saltó una rana pequeña, se detuvo delante de mis pies, y también ella proyectó su sombra menuda en la arena brillante del paseo.

—¿Y usted no tiene miedo á las ranas?—me preguntó Serguei Mikhailovich.

Dirijí los ojos hacia él. Faltaba un tilo en el sitio del paseo donde nos encontrábamos, y pude distinguir claramente las facciones de mi amigo. ¡Qué hermoso me pareció su semblante, y cuánta felicidad expresaba!

Serguei Mikhailovich me había dicho: «¿No tiene usted miedo á las ranas?», y yo creía oír su pensamiento:

«¡Te amo, querida niña!»

«Te amo, te amo», me decían sus manos y su mirada; «¡te amo!» me repetían la luz, la sombra y el aire.

Habíamos dado la vuelta al jardín. Katia nos acompañaba constantemente, jadeante de fatiga.

Por fin, anunció que era hora de entrar, y tuve lástima de ella.

«¿Por qué no siente lo que sentimos nosotros?—pensé.— ¿Por qué esta noche no es tan feliz todo el mundo como él y yo?»

Entramos en la casa; pero Serguei Mikhailovich permaneció todavía mucho tiempo, á pesar de haber cantado ya una vez los gallos, á pesar de estar sumida en el sueño toda nuestra casa, y á pesar de los resoplidos del caballo que golpeaba con el casco debajo de la ventana, más fuerte cada vez.

Katia no nos hizo observar que era una hora avanzada, y continuamos hablando, sin cansarnos, de cosas indiferentes. Al tercer canto del gallo, cuando empezaba á rayar la aurora, se levantó Serguei Mikhailovich; eran las tres de la mañana.

Se despidió sin decir nada, como de costumbre; pero yo estaba segura de que á partir de ese día me pertenecía, y nada podría arrebátarmelo.

Ahora que me había confesado que amaba á Serguei Mikhailovich, me apresuré á confiárselo á Katia. Se enterneció y regocijó con mis confesiones; pero la alegría no le impidió dormir tranquilamente. Yo seguí paseándome aún por la azotea mucho tiempo, y volví á andar las calles del jardín que habíamos recorrido juntos, repasando en mi memoria todas las palabras que había pronunciado y hasta sus movimientos más insignificantes.

Aquella noche no dormí, y por primera vez de mi vida vi la salida del sol y el comienzo de la mañana.

Jamás he vuelto á ver una noche igual ni mañana tan radiante.

Me preguntaba á mí misma: «¿Por qué no me dice sencillamente que me ama? ¿Por qué crea obstáculos imaginarios? ¿Por qué se hace más viejo de lo que es, cuando todo es tan sencillo y tan bello? ¿Por qué pierde tiempo, ese tiempo que es oro... que quizá no volverá nunca? ¿Por qué no me dice: «yo te amo»? ¿Por qué no toma mi mano para descansar en ella su cabeza, y decirme: «¡yo te amo!» ¿Por qué no se sonroja y baja los ojos delante de mí, y yo también se lo diría todo?... ¡Oh, no! yo no podría decírselo, pero lo abrazaría, me apoyaría en su seno y lloraría... Pero, ¿y si me engañase? Esa duda atravesó de pronto por mi mente.

Tuve miedo de mi propio sentimiento. Dios sabe hasta dónde hubiera podido conducirme. Me acordé de su turbación y de mi confusión cuando salté al huerto, y sentí un peso en el corazón. Corrieron las lágrimas de mis ojos. Me puse á rezar.

Cruzaron por mi espíritu una esperanza y una idea extraña; resolví empezar á prepararme para la comunión aquel mismo día, y decidí tomarla el de mi cumpleaños, dando por supuesto que en esa misma fecha me desposaría con Serguei Mikhaïlovich.

¿Por qué esa combinación? ¿Cómo había de cumplir ese designio?... Lo ignoraba; pero en aquel instante tenía el presentimiento de que sería así, y lo creí.

Cuando entré en mi habitación, era ya día claro y se levantaba la servidumbre.

(Se continuará.)

LEÓN TOLSTOÏ.

SECCION LIBRE

EFFECTO DE LA GUERRA EN LOS TRABAJADORES

(CONFERENCIA DADA EN LONDRES POR NUESTRA COMPAÑERA AMERICANA LA NOTABLE
ORADORA EMMA GOLDMAN)

Compañeros: permitidme que empiece mi discurso citando á uno de los más grandes hombres de Inglaterra, no de la de hoy, la invasora, asesina y opresora Inglaterra, sino de la que en otro tiempo contaba entre sus más preeminentes virtudes la Libertad y la Hospitalidad; aquella Inglaterra que ha dado al mundo los más profundos pensadores, los escritores más brillantes y los más líricos poetas, entre quienes se destaca Carlyle como una estrella resplandeciente en el firmamento. Él fué quien dió esta contestación cuando le preguntaron «¿Cuál es el verdadero objeto de la guerra?»

«Viven y trabajan en el pueblo inglés de Dumdrudge sobre quinientos habitantes. De éstos, indudablemente, enemigos naturales de los franceses, se escogieron en distintos periodos, durante la guerra con Francia, unos treinta adultos. Dumdrudge los había amamantado y criado á sus expensas; no sin sufrimientos y dificultades logró mantenerlos hasta llegar á la virilidad, consiguiendo, además, enseñarles á hacer algo, así que uno sabe tejer, otro edificar, otro forjar, y el que menos puede cargar pesos de consideración. Sin embargo, se les saca del pueblo entre llantos y maldiciones, se les viste de colorado y se les embarca, por cuenta de la nación, enviándolos al Sur de España, por ejemplo, donde se les conserva hasta que hagan falta. Y hacia el mismo lugar se dirigen, igualmente, treinta artesanos franceses, procedentes de otro Dumdrudge francés; hasta que al fin, después de innumerables trabajos, ambas partes se hallan frente á frente, encontrándose treinta delante de otros treinta, cada uno con un fusil en la mano. Suena la voz de «¡Fuego!», se matan unos á otros, y en lugar de sesenta obreros útiles y robustos, sólo quedan en el mundo sesenta cadáveres que hay que enterrar y cubrir de lágrimas. ¿Habían tenido estos hombres alguna cuestión? ¿Algún disgusto previo? No, por cierto: vivían muy lejos unos de otros, se desconocían por completo, ó á lo sumo, inconscientemente, por medio del comercio, se prestaban recíprocos servicios. ¿Pero, entonces?... ¡Inocentes! Lo que ha pasado es que sus go-

biernos han reñido, y, en vez de matarse mutuamente, han tenido la astucia de hacer que lo hagan en su lugar estos desgraciados ignorantes.»

En estas expresivas palabras de Carlyle se halla todo el secreto de la guerra y el militarismo. Hace poco en lo que se llama la tierra más grande y libre del mundo, (me refiero á América) de cada Dumdrudge se escogieron treinta hombres y aún más, se uniformaron y embarcaron para un país extraño; y otro tanto ocurrió en muchos Dumdrudges de España. Ambos países habían criado á sus hijos hasta convertirlos en fuertes y buenos productores, que á su vez tenían una familia de quien cuidar, ó madre y hermanas que sostener; pero los llantos y los ruegos no bastaron para retenerlos en sus casas; recibieron la orden de partir y allí fueron á quitarse la vida mutuamente. ¿Habían tenido antes algún motivo de disgusto? Ninguno absolutamente; también ellos vivían muy alejados unos de otros, y si por algo se conocían eran por relaciones de conveniencia mutua. ¿Pero entonces?... Respecto á América, se nos dijo que un sentimiento de solidaridad humana era la causa del conflicto; lo que hasta cierto punto fué verdad, ó al menos así lo creyó el pueblo americano. Era la profunda simpatía que en todos los pechos despertaban los terribles sufrimientos del pueblo cubano, oprimido y torturado por sus implacables dominadores; era la justa y natural indignación del pueblo americano por las atrocidades que en Cuba se cometían—he dicho del pueblo americano, y he debido decir de los trabajadores de América—, y esta noble aspiración, estos humanitarios sentimientos, sirvieron á los gobernantes de los Estados Unidos admirablemente de pretexto para hacer la guerra á España, y poder coger aquélla entre sus garras.

¿Queréis saber de qué modo la guerra hispano-americana afectó á los trabajadores? Os lo voy á decir: en primer lugar, América perdió miles de sus hijos, muertos del vómito, de falta de alimentación adecuada ó á manos de sus contrarios, ó, como recompensa á su patriotismo y amor á su país, por las conservas adulteradas que suministraban sus compatriotas capitalistas. En vez de esos hombres fuertes y robustos que abandonaron sus hogares para ir al campo de batalla, encontramos hoy á miles de madres infortunadas, de miserables viudas y huérfanos que aumentando el número de los parados hacen se reduzca el jornal de los productores. Además, tenemos la contribución de guerra que, como la espada de Damocles, permanece levantada sobre la cabeza de los trabajadores; que ha elevado los precios de la carne, del pan, del carbón y de los alquileres en cerca del 50 por 100, y en más aún los de la cerveza, telas y vestidos y otros artículos de primera necesidad, causando la ruina de centenares de pequeños industriales, y aumentando el malestar y la miseria general.

Sin embargo, todos estos sufrimientos podrían llevarse con paciencia si al menos se supiera que los cubanos habían recuperado la libertad. Pero ¿ha ocurrido esto? Lo niego en absoluto: afirmo que toda la sangre derramada, todas las vidas sacrificadas y todo el dinero invertido ha sido estéril; los habitantes en la isla no han hecho más que salir de manos de un gobierno opresor y tiránico, para caer en poder de otro casi de la misma índole. Con sólo pensar en la huelga de Homestead, en la que hubo once trabajadores muertos y 30 heridos; en la de las minas de carbón de Idaho, á consecuencia de la cual 200 trabajadores fueron sepultados en el fondo de una prisión y se arrancaron las declaraciones con las puntas de las bayonetas; cuando meditamos sobre las atrocidades de que ha sido teatro el Sur, y recordamos el lynchamiento de negros, torturados y quemados vivos por turbas enfurecidas, sin que se levantara una mano ni se pronunciase una sola palabra en su favor; cuando se piensa en todo esto

bien se puede decir que el gobierno americano nada tiene que envidiarle al español; de lo cual ya se encuentran testimonios en Cuba, donde hallándose 12.000 obreros en huelga, se les amenazó con sacar las tropas de los cuarteles. Hemos librado á los cubanos de las balas de los españoles, sólo, según creo, para exponerlos á los sanguinarios y brutales instintos de los capitalistas americanos. Y como si todo esto no fuera suficiente, hay todavía otro resultado más indigno, ruin y degradante de esa guerra: aludo á la invasión de Filipinas y la lucha contra sus habitantes, ese noble pueblo que continúa defendiendo su independencia, á pesar de haber perecido á millares y visto quemados sus hogares, destruida su hacienda y hasta insultadas sus mujeres por aquellos mismos que fueron á emancipar á Cuba en nombre de la libertad. ¡Colombia cúbrete el rostro avergonzada y mira cómo te han prostituido el vicio y la ambición de tus hijos!

Una vez más, podemos repetir con Carlyle: de cada inglés ó irlandés Dumdrudge se han sacado hombres, se les ha vestido de soldados y enviado al Transvaal á quitar la existencia á los boers. ¿Habían los primeros recibido algún agravio de los segundos? No; por el contrario, hasta hace poco habían vivido en la mejor armonía, hallándose unidos por lazos de amistad. Pero entonces, ¿qué ha motivado lo que sucede? En este caso no podemos ni aun decir que han cuestionado sus gobiernos; porque el del Transvaal ha hecho más de lo que humanamente es posible por evitar un rompimiento, cediendo á las demandas de Chamberlain, Cecil Rhodes y Alfred Milner. No, no son los gobiernos los que han engendrado la catástrofe, sino un puñado de monstruos ambiciosos é insaciables, que han perdido la cabeza dominados por la codicia, ante el color subido del oro del Transvaal, como el proverbial toro á la vista de un trapo rojo, teniendo la Gran Bretaña que sacrificar á sus hijos en aras de esos traficantes verdugos. Jamás se ha visto una lucha más justa, una defensa más digna, ni un combate más noble en favor de la libertad, que el que sostienen los boers, ese puñado de agricultores, poco aficionados á ejercicios militares y empresas guerreras, que, amantes de la paz, sólo han acudido á las armas por pura necesidad, y están demostrando al mundo que cuando un pueblo pelea por su libertad é independencia no necesita contar con la ayuda de los dioses ó de los reyes.

He leído en uno de vuestros diarios, que algunos curas os exhortan á que os arrepintáis diciendo que son vuestros pecados la causa de que Dios esté en esta guerra contra vosotros. Siempre he creído que el inglés era el pueblo más religioso de la tierra; al menos así lo ha pretendido, y, sin embargo, supone que Dios lo castiga. ¿Acaso no será porque, dejándose arrastrar por vuestro gobierno, habéis ido á invadir y asesinar á un pueblo pacífico? No; vuestros sacerdotes os recomiendan el arrepentimiento porque Dios, por una vez al menos, y contra su costumbre, se ha puesto de parte del que tiene razón. Inútil me parece entrar en detalles referentes á esta guerra; bastante se ha dicho ya bajo todos conceptos respecto á su acción sobre el modo de ser de la clase trabajadora, y ciego será quien no lo vea. Aparte del aumento de precio de los comestibles y el carbón; aparte de los 50.000 niños que van á la escuela sin haberse desayunado, resulta que habéis vendido vuestros derechos naturales por un plato de lentejas; aparecéis ante el mundo entero como esclavos voluntarios sujetos al capricho de los bandidos y ladrones, y os habéis mostrado incapaces, á pesar del chocolate con que os ha obsequiado la que está al frente de la nación, y los dulces de la aristocracia, de hacer frente y vencer á un puñado de agricultores!

No me digáis que Chamberlain es el responsable de esta guerra, porque los res-

ponsables sois vosotros. Dejadme que repita estas palabras de Ruskin: «Hay dos clases de esclavos: á unos se les impone el trabajo con el látigo, á otros por su ignorancia. Á unos se les compra con dinero, á otros con halagos. Por lo demás, importa poco la clase de trabajo á que se les dedique; unos se dedican á cavar la tierra, otros la fosa; unos á exprimir el jugo de la vid, otros la sangre de los hombres; pero siempre es la misma esclavitud, porque trabajáis por cuenta ajena.»

Sí, compañeros trabajadores; esa es vuestra desgracia: trabajar en provecho de otros. ¿Cuándo llegará el día en que, conociéndoos á vosotros mismos, penséis por vosotros y obréis por vuestra cuenta? No vendrá ese momento hasta que no hayáis comprendido lo injusto de la guerra, del derramamiento de sangre y del asesinato y el robo legal; que todos los odios de pueblos y de razas son el resultado de vuestra ignorancia, y que en tanto no salgáis de ella, seguiréis siendo un instrumento fácil de manejar en manos de vuestros gobernantes, que son demasiado cobardes para ir á luchar por sí mismos.

(Traducción de Salvochea.)

EL BOSQUE

Me encuentro solo, rendido, excitado por una jornada de dos horas á través de paisajes hermosísimos.

Mi cuerpo pide descanso. Dejo el fusil y me siento. Aquí, sobre este césped, mis carnes hallarán reposo, olvidaré la fatiga, tal vez la tristeza.

Es magnífico el espectáculo que ante mí se ofrece.

¡Qué árboles tan altos! Parecen prados sus copas. Son los gigantes del mundo. Ha mucho tiempo que habitan libremente en estas soledades. Nadie los amenaza. Aún no ha pensado el hombre en quebrantar su fortaleza. Lluvias torrenciales mitigan su sed. El viento barre de sus brazos el polvo de la tierra. Son fuertes y robustos. Alegran el planeta, llenan de placer mi vida.

¡Qué hermosos son los árboles! He aquí éste, parece un milenario. A su sombra puede cobijarse una caravana. Tiene madera suficiente para construir un palacio. Vale él solo por ciento. La madre Naturaleza debe adorarle.

Y yo también le adoro.

Yo también contemplo admirado su esbeltez, su corpulencia, lo largo de sus ramas, el verdor de sus hojas, su juventud, en fin, de cien años.

Y extendiendo con ansia la vista, y distingo otros muchos igualmente lozanos, y también los adoro, también admiro su gallardía.

Forman entre todos un bellissimo bosque lleno de ensueños, de encantos, sin par, alegre, que habla, sonríe y murmura con el soplo acariciador de la brisa, y grita furiosamente cuando el vendaval le azota.

Yo amo mucho el bosque. Abrupto y salvaje es para mí el germen de la existencia. No comprendo la vida sin él. Las ciudades creadas sobre inmensas planicies me hastían, me causan nostalgia. Quisiera que los hombres se agrupasen en viviendas independientes, separadas unas de otras por gentiles árboles, no encerrados en el ambiente mefítico de sus actuales prisiones.

Los bosques purifican la atmósfera, llenan de oxígeno el pulmón, elevan las ideas,

moderan las pasiones. Hacen al hombre sano, poderoso, viril. Danle conciencia de su valor. Son el símbolo de la libertad.

Ya anochece. Ya el sol no dora el horizonte.

Forzoso es marchar.

Adiós, árboles amigos. La noche es peligrosa entre vosotros, no obstante la protección de mis armas.

El hombre es aquí el señor del día; la noche la esclava de las fieras.

Aquél y éstas buscan en vuestra soledad calma para sus penas, lecho para su cuerpo, sangre que aliente su vida.

Ambos enaltecen vuestra virtud, ambos os aman. Pero el hombre y las fieras no comparten nunca dolores ni alegrías; jamás se buscaron si no fué para destruirse.

La piel del tigre sirve para adorno del hombre; las carnes de éste para alimento del tigre.

Mi voz, ahora compartida con vosotros, no tardará en ser substituida por tremendos rugidos.

Es el eco de la lucha por la vida de esos pobres carnívoros, que harían con mi carne un festín. Yo les amo, les amo porque son libres; pero... ¿dónde está mi fusil, por si acaso se acercan?

Valladolid.

F. HERRERO VAQUERO.

BOSQUEJOS

EL INVALIDO

(SOLILOQUIO)

El Himalaya de oro, cúspide sólo accesible para el dios *Millón*, reluce magnífico. Dóciles corifeos forjan el aurífero pedestal. Aquí, sentado en la desvencijada silla, contemplo su resplandor y veo cómo le rinden vasallaje. Asciede él y yo desciendo. Mejor dicho, él pudo alcanzar su *Montgolfier* para salvar distancias y dominar las más empinadas cumbres...

Estuvimos los dos en una misma lucha: la del trabajo. ¡Dios mío! Gasté mis fuerzas y él conservó las suyas. Si vigor le falta, no al impulso bravío, sino á la desmedida enervación cabe achacarlo. Tanto puede agotar el desenfreno como la fatiga. Tuvo afanes, sí; no es sólo el esfuerzo muscular el que desgasta y rinde. Hay un roedor más tremendo todavía: la mente. Los dos completábamos un fin. ¿Por qué vuela él mientras yo sólo acierto á arrastrarme?... ¡Cuánto ganó!... Si no las acuñé, vi acuñar esas monedas... yo contribuí á arrancar el oro... yo me afané en el trabajo, atento al espléndido filón... Me pagó las soldadas religiosamente... cumplió lo convenido, ¡jeal Nadie puede ponerle tacha de injusticia; de codicia tal vez sí. Pagaba él y trabajaba yo; él lucraba y yo perdía... *Perdía*, sí, señor; todos tenemos que perder, unos dinero y otros salud... Y bien, sí, concedido... ¿Que él exponía su capital en la empresa?... ¿No expuse yo mi vida cien veces?... ¡Bien lo recuerdo!... ¡dichosa juven-

tud, pasada en la caverna!... ¿Hubo equidad entonces?... No sé. Lo que sé es que me falta hoy á mí lo indispensable... y goza él de lo superfluo.

* *

¿Qué soy? Un objeto. ¿Qué recurso me queda? Un asilo. ¡Si al menos hallara yo ese único recurso con facilidad!... Cuando reconozco que soy una pesada carga para quienes me amparan, padezco lo indecible.

Lo dicho, ni fuerzas ni vigor; al paso que él... ¡qué rollizol... Dijéronme que no le faltan penas... ¡Oh!, los duelos con pan... ya lo reza la copia.

Mi cuerpo se agacha, pero no se abate mi espíritu. La razón es mi patrimonio; esto no lo he perdido. Sé positivamente que no tuve la dicha de agradar á la fortuna, que por esto no he de exigir que se me igualen los afortunados. No, jamás he pensado en que nadie descienda; en lo que he pensado es en ascender yo un poco. De unos á otros hay una distancia; dos pueblos, pinto el caso, uno costanero y otro ribereño; ¿dos compadres *quieren verse?*... Con bajar uno un poco y subir el otro el resto, se estrechan la mano tan campantes, sin detrimento para sus respectivas individualidades. Esta especie de *reparto*, que me había parecido lógico, apuntáronme que no tiene sentido común. Como admiro á los sabios más que á los ricos, me callé. ¡Por no tener, ni caletre!... Me callé, he dicho, y no insistí más; pero la idea de que existe una disparidad excesiva, ni los ricos ni los sabios han conseguido borrarla de mi imaginación. Será porque padezco, y el que padece desbarra á veces. ¡Estas pícaras piernas, que apenas si me sostienen!... ¡estos brazos cuya energía pudo cotizarse un tiempo!...

* *

Al caer de la tarde, á la hora del ocaso, le vi en el cementerio una vez... no hace mucho, cuando yo todavía podía andar más ó menos y distraerme... Erguíase el ricacho contemplando el panteón que le estaban construyendo. ¡Soberbia obra! Mármol y bronce de cuál más y mejor. ¡Qué buen gusto y qué riqueza!... He oído hablar de arte... lo más libre, lo más honroso, lo único quizás que sabe desdeñar riquezas. En aquel momento volví á disparatar—¡Dios me lo perdone!—, murmurando: ¡Oh, Arte!... ¡Hasta tú, hasta tú!... Sí, confieso que fué una majadería. ¿Qué más natural? Para labrar el mármol ó para fundir el bronce, lo primero es adquirirlo. El bloque hay que arrancarlo de la cantera, el metal hay que extraerlo de la mina, combinarlo y fundirlo en el horno. Para todo esto lo que se necesita es moneda. Sí, señor, ¿por qué no? Hasta el producir belleza supone un gasto. ¡Medios!... He ahí el punto de apoyo que pedía Arquímedes.

El prócer diría *in mente*: «Ahí descansarán mis restos... En este altar podrán mis propios elevar sus preces, rezar á mi memoria al ras de mis cenizas, junto á mis huesos... Mi nombre figurará ahí esculpido brillantemente...» Yo le miraba fijo, muy fijo; leía en su rostro cuanto pasaba por su imaginación; traslucía á través de su epidermis la hinchazón del orgullo... Y me volví rápido, miré en torno, herido por esta idea súbita: ¡Cielos! ¿Y mi tumba dónde está?... ¡Ay!, en el montón anónimo... allí estarán mis restos... ¿Quién podrá distinguirlos?... ¡¡Miserio derecho al *spoliarium*!!...

* *

Me volví á casa trémulo. ¿A casa? ¡Qué sarcasmo!... Tengo un hijo que fué mi encanto y es hoy mi sostén... El pobrecito había ya agotado los recursos. Se hereda la desdicha como los bienes de fortuna. El casero vino diciéndole: —Si no me pagas, vete á la calle. Estaba en su derecho; un derecho... legal, incuestionable.

Vi correr las lágrimas por el atezado rostro de quien, por filial abnegación, sufre doblemente con mi pesada carga... Si, le sorprendí llorando á solas en silencio, y aunque procuró ocultármelo, ojos de mi alma, qué bien, qué bien lo visteis!... A mi oído, algo así como voces ultraterrenas, decían: «¿Por qué suspiras?, ¿de qué te quejas?, ¿no es esto lo natural, y más que natural irremediable? ¿Vas á rebelarte?, ¿vas á contrarrestar el curso de la corriente que lo avasalla todo?» Yo quería protestar, hacer uso de energías, romper, herir, demoler... ¡Qué locas ansias de mi espíritu, y qué soberana pequeñez y ruindad de la material!...

Y pensando en morirme, deseando morir, con unos deseos horribles de agregarme á aquel montón confuso que había recordado antes, me caí, mejor que me senté, en esta desvencijada silla. Volví á mirar por la ventana... ¡¡y creí ver la efigie del dios *Millón*, que iba subiendo en hombros de cien miseros, hasta ser colocado en el pedestal!...

SEBASTIÁN GOMILA.

TRIBUNA DEL OBRERO

LOS ODIOS

(Conclusión.)

A medida que las creencias religiosas han ido desarrollándose, el fanatismo se ha ido arraigando, lo que ha dado por resultado que el fanático de cada Iglesia ha inculcado al cerebro de los pequeños ese odio producto de su ignorancia. Los hombres lo han propagado y guardado desde la cuna á la fosa; extendido de pueblo á pueblo, los padres lo han dado como instrucción á los hijos; los hermanos á los hermanos, los amigos á los amigos, los maestros á los discípulos. Y he aquí que de un pueblo de hermanos y una sola familia, como era de esperar, ha resultado un pueblo de rivales y envidiosos, gracias á las preocupaciones que de generación á generación nos han sido legadas. Por esto los odios de religión son los que más torrentes de sangre cuestan á la humanidad, así como la Iglesia católica es la que cuenta más crímenes. Y todo por sostener, propagar y defender la doctrina de un dios imaginario. Puede asegurarse que la mayoría de los odios que dominan á los nacidos, su origen deriva de los dioses ó de la falsa educación propagada á través de los siglos. A mí la palabra dios me causa el mismo efecto que la idea crimen, toda vez que no es otra cosa que el creador y fomentador de los odios de los mortales, si bien se analiza, desde el momento que los rencores son los que hacen al racional asesino y criminal.

Las leyes, las cárceles y los presidios son otra fuente de donde también manan los odios y las envidias, así como un obstáculo para alcanzar la fraternidad universal. Toda vez que tras la ley está el castigo, y donde hay castigo, como no hay justicia, en vez de respeto hay odio.

Así como el esclavo odia al tirano, el que sufre un castigo inmerecido odia al tribunal que le impuso una condena siendo inocente; por esto entre el que en nombre de una ley castiga y el castigado nunca podrá haber armonía. De aquí dos bandos

que cada día se odian más: el de los que forman la histórica justicia, que son los que castigan, y el de los que forman el de las víctimas del Código de cada país, que son los que sufren los rigores de las leyes todas con sus errores jurídicos y crímenes de eso que llaman Estado.

Como los Códigos y demás leyes sólo imponen el deber de que los débiles obedezcan á los fuertes, de aquí que mientras haya jueces y tribunales no es posible la hermandad y el amor entre los hombres. Porque en donde hay ley de juez hay fuerza, donde fuerza hay abuso, donde hay abuso hay castigo, y donde hay castigo no hay, no puede haber justicia. Por lo tanto, donde no hay justicia no hay libertad; y como donde no hay libertad hay esclavos y esclavizadores, por esto hay odios y rencores, porque el esclavo, del mismo modo que odia las cadenas que le humillan y le mazmorra que le embrutece, guarda profundo rencor al tirano ó al verdugo que le tortura, esclaviza y degrada al extremo de humillar su dignidad en lo más sagrado é inviolable. Por esto el último día de los Códigos y de los jueces será el primero de la justicia, así como el último de los grillos y de los presidios, será el primero de la libertad. Del mismo modo que el último día del capital, de las guerras y de las iglesias, será el primero que empezará el reino de la armonía y de la común solidaridad entre la universal familia, porque la sana moral hará que los odios disminuyan de un modo sorprendente.

Quitad el odio de entre los racionales, en lo posible, y habréis hecho desaparecer gran parte de rencor y, por lo tanto, de criminales. Diréis no puede ser, y yo os contesto: Abolid las religiones, distintas todas; instruid á los pequeños dentro de la verdadera justicia; dadles por religión el progreso y por ley la natural, bien entendida; haced de ellos hombres dignos de ser hombres libres; poned á su disposición cuantas máquinas y demás útiles de producción estén á vuestro alcance, no como hoy, para explotarles, sino para hacer el trabajo más agradable y recreativo, por medio del cual tengan todos el mañana asegurado, y veréis cómo desaparecen, no diré todos, pero sí buena parte de los odios.

Abolid el dinero; quitad el valor á los productos; borrad de entre los productores el jornal y cuanto tenga una tendencia á crear desigualdad y envidias; haced comprender á los pueblos qué desde un polo á otro polo sólo vive una familia que ha nacido para amarse y debe estar unida por los lazos de la solidaridad bien practicada, que la diversidad de colores es consecuencia de los climas de cada país. Enseñadles que las guerras y las patrias colectivas están llamadas á desaparecer, porque ellas son origen de odios y rencores, y, por lo tanto, de crímenes que á la razón justa repugnan; haced de aquellos niños de hoy hombres instruidos, sin distinción de clases y sin privilegios de ninguna clase; que no conozcan otros odios que la sana ciencia ni rencores para con sus iguales, y tendréis unos pueblos que no conocerán los odios; al contrario, en vez de conocer unas doctrinas de odio, conocerán y practicarán los lemas de fraternidad, justicia y amor.

Si hoy por hoy guardamos odio y rencor, es porque por los cuatro puntos no vemos ni recibimos otros ejemplos. Los venideros todos estarán limpios de tal enfermedad, porque habrá buenos ejemplos y mejores maestros y médicos, así como no habrá focos de corrupción como hoy existen por todas partes, pues la herencia y la falsa instrucción habrán muerto para dar vida al bienestar, á la paz, á la verdadera moral y á la sana ciencia.

Donde hay ciencia no hay supersticiones, donde no hay supersticiones no hay ignorancia, donde no hay ignorancia hay derechos y respeto; donde hay derechos no hay explotación ni esclavos, ni odios, ni rencores; por esto la humanidad hoy por hoy es un pueblo de odios y rencores, porque es un pueblo de esclavos y de tiranos.

ENRIQUE PUJOL.